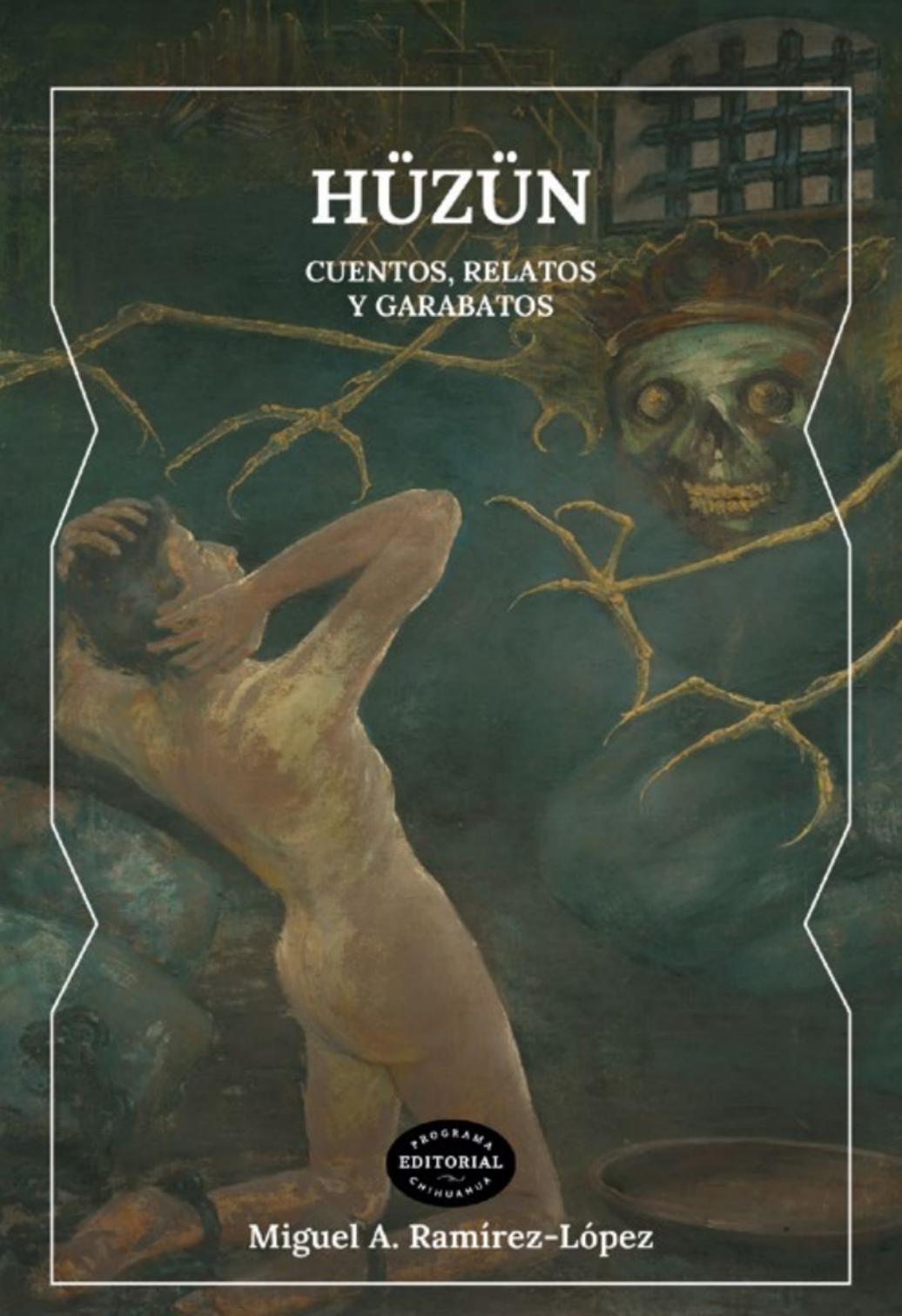


HÜZÜN

CUENTOS, RELATOS
Y GARABATOS

The cover features a dark, atmospheric illustration. In the foreground, a pale, muscular man is shown from the back, his hands clasped behind his head in a gesture of despair or exhaustion. He is looking towards a large, glowing green skull with yellow eyes and a wide, toothy grin, which is framed by a crown and surrounded by gnarled, yellowish branches. The background is dark and textured, suggesting a prison cell with a barred window. The entire scene is enclosed in a white, irregular border.

PROGRAMA
EDITORIAL
CHIHUAHUA

Miguel A. Ramírez-López

HÜZÜN

Cuentos, relatos y garabatos

Miguel A. Ramírez-López



Colección
Soltar las Amarras

Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Vocales Editorialistas (Jurado)

Alfonso Granillo

Aranza Domínguez

César Ilzivir

Cynthia Piñón

Gustavo Macedo

Ruby Myers

Verónica Granados

Víctor Hernández

José Arturo Santillanes Hernández

Programa Editorial

Heber Mauricio Rivera Anguiano

Fomento a la lectura

Diseño y maquetación

 **@somoscreatura**

Avenida Juárez y calle Sexta, #601,
C.P. 31000, colonia centro.

ISBN en trámite ante INDAUTOR

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, sin permiso previo por escrito del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua.

PRIMERA EDICIÓN / AÑO 2024



Sin los libros, las mejores cosas de nuestro mundo se habrían esfumado en el olvido.

—Irene Vallejo

Pocas cosas han influido tanto en el desarrollo y transformación de la historia humana, como la invención de la escritura, pues escribir nos permite moldear y dar forma al pensamiento en una proporción no alcanzada por ninguna otra de las artes. Así, desde el Gobierno Municipal seguiremos promoviendo el Programa Editorial Chihuahua (PECH), por medio del Instituto de Cultura, ya que ello representa una oportunidad para los nuevos escritores.

Debemos recordar la importancia del PECH como una colección de obras que ha dado y dará voz a las y los autores chihuahuenses, pues la literatura, es decir, el arte de la palabra escrita, es un instrumento y una habilidad que nos brinda identidad. Las personas son lo que leen, y también lo que escriben. Para este año, además, conscientes de que nuestra infancia y nuestra juventud también merecen un espacio propio, presentamos por primera vez la colección infantil y juvenil.

De esta manera, el gobierno municipal continuará apoyando a las y los autores locales, como una muestra de su compromiso con las artes y la cultura chihuahuenses.

Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

*La primera persona en la que
deberías pensar en complacer al
escribir un libro es a ti mismo.*

–Patricia Highsmith

En el Instituto de Cultura del Municipio estamos muy contentos de presentar la nueva colección del Programa Editorial Chihuahua (PECH) 2024. Programa que sigue siendo un espacio vital que da voz a las y los autores locales, cuyas obras reflejan la riqueza y diversidad de nuestra cultura. Hoy, más que nunca, es crucial seguir publicando relatos, cuentos, poemas y novelas de alta calidad, y nos enorgullece anunciar que, por primera vez, también incluimos literatura infantil y juvenil.

Agradecemos profundamente a nuestros autores, a la comunidad cultural, y al invaluable apoyo del Gobierno Municipal, que hacen posible que este proyecto siga adelante. Sigamos formando nuevas generaciones de lectores que fortalecerán el tejido cultural de nuestra sociedad.

Con gratitud y alegría,

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua

PRÓLOGO

Cuando pensamos en el norte geográfico de México, rara vez lo imaginamos como un paisaje diverso. Hay arena, el sol resplandece iracundo, escasea el agua, la gente habla “golpeado” con un ritmo de *staccato* y hay sudor y lágrimas; en suma, al pensar en el norte, la imagen de la sal y la arena, el calor y la gente parca, homogeneiza la gran diversidad de vidas e identidades que existen al norte de la República.

A pesar de todo lo anterior, que, quizás no deja de ser del todo cierto y el norte puede agruparse bajo un paraguas genérico tanto como el centro y sur, siempre hay miradas distintas que se escapan de estas categorías. Así, en Chihuahua, ciudad de revolucionarios, de una religión única, hogar de una sociedad que oscila entre lo “agringado” (por llamarlo de algún modo) y la pugna por mantenerse arraigada en México, estas miradas tenues de voces igualmente delicadas logran encontrar un espacio entre los resquicios de una cultura por demás opresiva y, ¿por qué no? Finalmente, sí, homogénea.

Precisamente es dentro de esta grieta tan delgada, en la que *HÜZÜN. Cuentos, relatos y garabatos* de Miguel Ramírez encuentra cabida y florece en medio de un camino ya tan gastado, ya tan típico y recorrido de la literatura del norte sin dejar de encontrar puntos de encuentro que le permiten a los, las y les lectores y lectoras encontrar un terreno en común.

Los relatos de *HÜZÜN* rayan en lo surreal. Las narraciones, cuyas temáticas, en principio parecen girar

meramente en torno a la brujería y las adicciones, son una crítica mordaz y punzante a las tormentosas vidas de los estratos socioeconómicos menos privilegiados. Sus personajes delirantes y furiosos, entonces, sostienen conversaciones con ventanas, con sus compañeros de trabajo, superiores, que apenas dejan entrever la inconformidad que sienten acotada en la brevedad de sus palabras. Además, HÜZÜN husmea en los meandros rara vez nombrados de la ciudad: la diversidad espiritual y cultural, la ya conocida, pero poco nombrada ineficiencia de los centros para combatir adicciones y el ambiente hostil y violento que prima dentro de tales lugares.

El mosaico espiritual está finamente imbricado en la narración. El deleite de la lectura se exagera gracias a su intertextualidad. La búsqueda de los personajes por escapar de sus circunstancias, para simplemente volver a caer en los mismos derroteros es casi una adaptación del *Fausto* de Goethe, pues, los espíritus o las sustancias que sirven de anestésicos son las mismas que los llevan a estos espacios trágicos e inexorables.

HÜZÜN más que mirar a Chihuahua desde un lugar habitual, parece mirar a la ciudad desde una tumba, en la que, lentamente los muros y la posibilidad de ver un cielo abierto se cierran.

HÜZÜN con portento, escarba desde las entrañas de la ciudad-cripta de Chihuahua, cripta en la que se hunde para escapar del calor insoportable, de la dureza de su gente; escarba, ahora para mirar ese cielo pálido y luminoso, cuyas lumbres desperdiga como si fueran dientes de león una última vez ante la imposi-

bilidad de ser oído, ante lo infranqueable de la vida. En este entendido, Miguel logrará deleitar sin tapujos a quien sea que lo lea a través de su narración “surrealista sucia”, despreocupada por endulzar la realidad que despliega con inesperada rapidez, a través de sus personajes huraños, aislados, agresivos, incluso rebeldes, pero que terminan subyugándose ante su necesidad de algo: sustancias, emociones, en suma, de vivir la vida que les plazca dentro de sus muy ya limitadas posibilidades.

HÜZÜN. *Cuentos, relatos y garabatos* precisa, con líneas temblorosas y sucias la realidad que, a menudo, preferimos obviar, no nada más en cuanto a la pobreza, sino a nuestra inconformidad personal con nuestras vidas. Dibuja con trazos profundos el irremediable aburrimiento que se vive al abandonarse a una vida común en la que el trabajo, la familia y las amistades, abarcan la gran mayoría de nuestras emociones. Escribe, desde el norte, para negar al norte, para deshacer su homogeneidad y desbistar la típica imagen de Chihuahua al soltarla de sus amarras.

Miguel, con sus palabras de cincel, despoja al mármol de su figura de *David* para convertirlo en él, en ti, en mí, en alguien más que, al igual que la estatua de mármol, siente hastío ante el orden descompuesto en el que la vida ha escogido desembocar.

Oscar Lehy Quintana Gutiérrez.

Chihuahua, Chihuahua

29/05/2024

HÜZÜN
Cuentos, relatos
y garabatos

Miguel A. Ramírez-López

A Lupita Herrera, por siempre creer en esta
extensión de mí que es HÜZÜN...

Y a todo aquel que se ha perdido en su
proceso de individuación.

ADVERTENCIAS

La muerte es algo que no debemos temer porque, mientras somos, la muerte no es, y cuando la muerte es, nosotros no somos.

ANTONIO MACHADO

Escucha... ESCUCHA... ¡ESCUCHA! Es la sinfonía que abre el telón de las placas tectónicas, el momento más apoteósico de tu calamitoso transitar. Son las voces de Antoñito el Camborio que galantean con tu paupérrimo aferramiento a respirar. Es el rumor de la túnica negra que serpentea y fracciona al viento para atraptarte...

Olisquea... OLISQUEA... ¡OLISQUEA! Son las infectas sensaciones que viajan desde tu aparato respiratorio hasta tu vientre, transformándose en materia vomipurgativa. Es el terrible olor a mierda de las entrañas del moribundo Santiago Nasar. Son la putrescina y cadaverina aproximándose a ti...

Saborea... SABOREA... ¡SABOREA! Es la impresión que tus papilas perciben por la carroña que se pasea por tu cavidad oral. Son los hijos descuartizados de la execrable Tamara que Tito Andrónico te fuerza a manducar. Es la metamorfosis de la incorruptibilidad cadavérica reflectándose en tu sombra...

Acaricia... ACARICIA... ¡ACARICIA! Son las manos esqueléticas fracturando dimensiones para alcanzarte. Es el roce que Eleonora y tú experimentan en su agónico instante, en tanto su amado firma verbalmente su condenación célica. Son los descensos contundentes en la perfusión de tus órganos que revolotean en tu interior...

Contempla... CONTEMPLA... ¡CONTEMPLA! Es el espejo del engaño que no consiente en ver tu figura cerúlea. Son las derrotas caballerescas de Alonso Quijano que te reclaman anímicamente. Es la coloración del *Pallor mortis* y *Livor mortis* que cumplen su efecto en la futilidad de tus porciones somáticas...

Cavila... RECUERDA... ¡APRECIA! Eres tú en retrospectiva. Has librado la proliferación celular en tu páncreas.

¿Te salvarás esta vez? Date la vuelta y lee en voz alta la inscripción que está a tu derecha:

«El *hüzün* te da la bienvenida».

PULSA DENURA

¿Habías oído hablar de la Pulsa Denura? Una antigua y prohibida ceremonia que invocaba a los ángeles de la destrucción. Los rumores susurraban su nombre en los pitarrosos pasillos de la sinagoga, y aunque la mayoría la consideraba una leyenda, tú sabías que había algo más en ella.

Un día, mientras explorabas los estantes polvorientos de la biblioteca, encontraste un antiguo manuscrito: el *Séfer HaRazim*. Y aunque ya habías leído otros textos cabalísticos como el *Zohar*, el *Séfer HaBahir*, el *Séfer Yetzirah* o el *Séfer Raziel HaMalaj*, sus páginas amarillentas te retuvieron. Estaban llenas de símbolos arcanos y palabras en arameo. A medida que leías, sentías cómo la atávica sabiduría se filtraba en tu mente, como si el mismísimo arcángel Raziel te susurrara al oído.

Era una noche tormentosa cuando decidiste poner en práctica lo que habías aprendido. Ayunaste por tres días, tomaste el baño ritual que todo judío debe realizar y, posteriormente, convocaste al mi-

*nián*¹ en el *bet kevarot*². El viento aullaba y las velas parpadeaban como si temieran lo que estabas a punto de hacer. Colocaste una foto de tu enemigo en el centro de la tumba de un virtuoso. Sus ojos te miraban desde la imagen, llenos de odio y rencor.

Recitaste las palabras prohibidas, pronunciando cada *niqud*³ con cuidado. El aire se volvió denso, y las sombras cabriolaron en las lápidas. Sentiste cómo la energía se acumulaba a tu alrededor, como si los mismos ángeles estuvieran esperando tu orden.

Llamaste a *HaShem* y expusiste en voz baja: “Ángeles de la destrucción, escuchad mi llamado. Este hombre ha causado dolor y sufrimiento a Israel. Que su alma sea juzgada y su destino lacrado”.

Algo rugió, y la tumba se llenó de una luz cegadora. Los ojos de la foto brillaron intensamente, y un escalofrío recorrió toda tu corporalidad. Habías cruzado una línea, y no había vuelta atrás.

Semanas después, las noticias anunciaban la

1 El *minián* (מניין) está formado por un grupo de 10 varones judíos que reúnen ciertos requisitos como ser padres, mayores de 40 años, conocedores de las leyes, virtuosos y con barba.

2 Escrito en hebreo como בית קברות o «casa de tumbas», se refiere a los cementerios.

3 Son signos diacríticos en arameo y hebreo que señalan los sonidos vocálicos.

muerte de tu enemigo, enemigo de Israel. Había sido encontrado en su casa, sin signos de violencia, pero su rostro estaba retorcido en una expresión de terror y su cuerpo lucía esmirriado y enjuto. La gente murmuraba sobre la maldición de la Pulsa Denura, y tú sabías que habías desatado algo más allá de tu comprensión.

Las noches siguientes fueron peores. Los sueños estaban llenos de sombras y gritos, y sentías cómo algo te observaba desde las esquinas oscuras de tu habitación. Intentaste deshacer lo que habías hecho, pero las palabras se negaban a abandonar tu mente.

Finalmente, amilanado te arrodillaste en el suelo, con lágrimas en los ojos. Suplicaste a *HaShem* y sus ángeles que te perdonaran. Pero ya era demasiado tarde. La Pulsa Denura no era sólo una maldición para tu enemigo; también lo era para ti.

Habías liberado a los ángeles de la destrucción, y ahora te perseguirían hasta las postrimerías de tu vida. Tu alma estaba marcada, y no había escapatoria. La Pulsa Denura no distinguía entre víctima y verdugo; todos eran igualmente culpables.

Así fue que te escondiste en las sombras, siempre mirando por encima del hombro, esperando el momento en que los ángeles finalmente te alcanzarían. Habías desafiado las leyes del Universo, y

ahora pagarías el precio. El conocimiento prohibido te había consumido, únicamente quedaba esperar el inevitable final.

A la postre, en la oscuridad de tu habitación, susurraste una última vez las palabras de la Pulsa Denura, sabiendo que esta vez eras tú el objetivo.

El pasado se había convertido en tu presente; el futuro estaba sellado con látigos de fuego.

La Pulsa Denura no perdona.



A Jewish Funeral (1860-1899),
Hein Burgers.

UN LATINISTA CHIHUAHUENSE

*Sæpe creat molles aspera spina rosas.*⁴

OVIDIO

Una tarde del 2004 Elko decidió visitar a Pablo Ledón. Llevaba consigo sus característicos cigarrillos, una playera del Comité Municipal de la Campaña de Juan Blanco y un pantalón de mezclilla.

Por aquella época, Pablo se autodefinía como sedevacantista. Era un sólido seguidor de las ideas del arzobispo vietnamita Mons. Thục, mismas que habían forjado su personalidad conservadora e inquisitiva. Encima, su adicción a The Rolling Stones, al pesimismo schopenhaueriano y al aprendizaje de idiomas —de los cuales ya dominaba, por lo menos en distintos niveles, el latín, griego clásico, francés, español y neerlandés— lo excluían de casi toda interacción social. Para él, vivir en una suerte de pocilga era como estar enajenado del presente, de modo que para escapar de ese turbido lance que le atañía, escribía y se humillaba ante la figura del Sempiterno judeocristiano que le atormentaba con su versión pentateuca.

4 A veces, las espinas más ásperas producen las flores más suaves.

Momentos antes de la visita de Elko, el educado latinista, ante la audiencia inanimada de unos cientos de libros, cassettes y alguna que otra botella de aguardiente de caña barato —mejor conocido como don Bucho— comenzó a recitar, a manera de soliloquio, el siguiente himno preconiliar:

*Te Deum laudamus: te Dominum confitemur.
Te æternum Patrem omnis terra veneratur.
Tibi omnes Angeli, tibi Caeli, et universæ
Potestates:
Tibi Cherubim et Seraphim incessabili voce
preclamant:
Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus, Deus
Sabaoth...*

Casi en el cenit de su oratoria, fue interrumpido por una nube de humo gris y un penetrante olor a cigarro que, escalonadamente, serpenteaba por el resquicio.

—¿Pablo estás ahí, sí o no?? —gritó Elko de manera burlona desde el umbral de la puerta—. ¡Ábreme! O voy a prender otro cigarro.

Como a Pablo le causaba repugnancia el olor a cigarro, se dispuso a abrir súbitamente la puerta. Apenas y miró por el rabillo del ojo, respondióle al

fumador empedernido de la siguiente manera:

—Pásele, señor.

—Vengo rápido, de hecho —comentó con cierta seriedad su amigo.

—¿De qué se trata?

—Mira, Pablo, últimamente te veo algo distanciado. No solo de mí o de otras personas, sino también de la literatura...

—¿No lees los periódicos? Hace unos días salió un artículo mío en *El Herald* y es sobr...

—En primer lugar, no leo lo que el vulgo lee y en segunda, no me refiero a eso. Ya se va a cumplir un año desde que presentaste *En Busca de un Año*, comprendo que tu divorcio no ha sido fácil, pero no desperdicies el talento que tu dios te dio. Además, deberías darle otro giro a tu narrativa.

—Pero el concepto de la novela que escribí es bueno —comentó Pablo algo contrariado, antes de hacer una apología de sus dotes escriturarios en neerlandés—. *Ik schreef een roman met dialogen in het Nederlands en het Latijn, en de vertaling ervan, verdeeld in drie delen met 45 hoofdstukken*⁵. Y eso es algo que no muchas personas integran en su estilo.

⁵ Escribí una novela con diálogos en neerlandés y latín, y sus pies de traducción, dividida en tres partes con 45 capítulos.

—Sí, sí... Pero siento que desperdicias tus temas. Hablas latín y griego, como los ángeles. Describes en tus libros las nostalgias de la clase media baja de Chihuahua y todos hablan, como en una opereta imposible, en latín. ¡Un puto cholo de mierda que habla en latín! Si se te ocurriera leer a Mika Waltari podrías escribir un novelón, imagínate: por ejemplo, los inútiles discursos bizantinos de los cristianos ortodoxos, discutiendo, discutiendo, con los otomanos a las puertas.

La charla se avivó de tal manera que se tocaron cultos temas hasta que la falta de cervezas y botanas interrumpió la mordaguera. Esa visita fue un parteaguas en la vida de Pablo ya que, en consonancia con Voltaire, se percató de que mientras más conocimientos poseía, más desgraciado se sentía. Detestaba la idea de ser feliz a consecuencia de ser imbécil, por lo que, para no perder la racionalidad, cada noche que asistía a su trabajo de monitorista se preguntaba en un pensamiento binario:

—¿Griegos o romanos? ¿Calvinismo o arminianismo? ¿Black Sabbath o Led Zeppelin? ¿Antropología o sociología? ¿Exégesis o hermenéutica? ¿Dominicos o jesuitas? ¿Realismo mágico o real maravilloso? ¿Charles Dickens o Hans Christian

Andersen? ¿Güelfos o gibelinos? ¿Francés o italiano? ¿Sedevacantismo o lefebvrismo? ¿Leibniz o Newton? ¿Declamación o recitación? ¿Ópera o drama musical? ¿Roma o Cristo?

Así pasó todos sus anocheceres, cuestionándose de vez en cuando en castellano y otras muchas en latín, como si la finitud monoteica fuera un mito teleológico...

CUARENTENA

La Decadencia es la pérdida total de inconsciencia; porque la inconsciencia es el fundamento de la vida.

FERNANDO PESSOA

Abres tus ojos, volteas a tu derredor, observas que la taza de café sigue allí, empolvada con finísimas partículas de tierra y corte de cocaína. Permanece incólume en su disposición espacial, no la mueves ni la tientas, sólo la observas porque es el último recuerdo de tu libertad. Esa taza eres tú, es el vaticinio de que algún día polvo serás; las porciones de cocaína son tu realidad inmediata que se materializa en una dependencia ineludible.

Despegas de tu cuerpo las sábanas que se aferran a ti, cual si fueran imanes avasalladores del entusiasmo. Te diriges hacia el espejo, no sin antes echarle de nuevo una mirada displicente a esa taza que hace unos días estaba medio vacía; ahora ella es la vacuidad misma. Estás frente al cristal, con la esperanza de que refleje cualquier recuerdo huidizo, compruebas que no eres tú el reflectado. Divisas a un muchacho de cabellera azabachada y

opaca, con curvaturas cárdenas que resaltan sus ojos y una piel descuidada, prácticamente ceniza. ¿Quién es ese sujeto? Quién sabe... Lo has olvidado, el discurrir del tiempo te ha enervado, has renunciado a tu identidad.

Piensas, ilusamente, que este día la vida será bondadosa contigo. Aparentas, en tus aires de irrealidad, que esta reclusión es pasajera. Con lo que te queda de esperanza, te preparas el desayuno: dos huevos estrellados con jamón frito, un vaso de zumo de naranja y un pan tostado con mantequilla de maní y jalea de frambuesa. Enciendes el televisor y escuchas que un anodino, un tal López-Gatell, repite incesantemente «¡QUÉDATE EN CASA!». Caes en cuenta de tu condición, estás en cuarentena...

Hace dos meses los cambriles de la vida se reducían al trajín de la ciudad, a la inquietud de alcanzar la puntualidad o a satisfacer un listado de privilegios. Todo eso se ha desvanecido como el humo de la pipa que estás cargando, es única e indudablemente un producto de tu memoria. En la profundidad de tus monólogos, declaras abatido: *autres temps, autres mœurs*.

Subes a tu cuarto, te asomas por la ventana, con la esperanza de captar un ánima en pena y, si tie-

nes suerte, de cometer una defenestración. Estás solo. El mutismo te invade, te asalta y como buen cleptómano se lleva tu voluntad de expresarte, de comunicar tu angustia. Tomas del cajón una bolsita que dice GAK. Con tu tarjeta de débito formas, al principio, una delgada línea que se va engrosando conforme a tus necesidades acuciantes. Agarras un dije de plata en forma de cucharilla llenándola en ralenti de esa arcilla nivosa. Lo demás se lo dejas a tus fosas nasales.

El éxtasis te irrumpe, tus latidos se ahuyentan hasta tu garganta, las gotas de sudor se resbalan por tus manos. Eres indómito. Nada ni nadie puede interrumpir la euforia que te hace afirmar tu megalomanía.

Tu sensación es efímera. El dédalo en el que has caído es una maraña inagotable de infortunios ónticos. Te percatas de tu nueva rutina: la subordinación al placer sintético. Reconoces que tu cuarentena es un imaginario individual.

Inhalas tu devastación; exhalas tu frustración.

CARL G. JUNG Y LA PROCESIÓN DE LAS ÁNIMAS

En las profundidades de los bosques suizos, a orillas de la cuenca Obersee del lago de Zúrich, donde los árboles se inclinan hacia el viento y las sombras se alargan como dedos huesudos, existía un sendero olvidado. Los lugareños lo llamaban “El Sendero de las Ánimas”, y decían que sólo los desesperados se aventuraban en él.

Carl G. Jung, el renombrado psicólogo, había llegado a principios de la década de 1920 para, en consonancia con su propio proceso de individuación, construir un pequeño castillo con cuatro torres que llamaría la Torre de Bollingen. Sus teorías sobre el inconsciente colectivo y los arquetipos lo habían llevado a explorar los rincones más misteriosos del alma humana. Pero aquí, en esta tierra de leyendas y sombras, encontraría algo que desafiaría incluso su mente analítica.

Una noche, mientras caminaba solo por el Sendero de las Ánimas, Jung sintió una presencia. La niebla comenzó a espesar a su alrededor, y el viento murmuraba cosas ininteligibles. Entonces, el olor a cera llenó sus fosas nasales, ante él estaban dos filas de almas amortajadas y descalzas que

avanzaban sosegadamente. La caravana estaba encabezada por un hombre que parecía estar vivo, vestido con una capa oscura sostenía una cruz. Detrás de él, los encapuchados seguían en fila, portando velas y campanillas. Sus ojos sin rostro parecían penetrar en el alma de Jung.

El mortal que lideraba la procesión le habló en un alto alemán en desuso. “¿Qué buscas, forastero?”, preguntó. Jung, sorprendido, respondió: “Me busco a mí mismo. ¿Quiénes son ustedes?”.

El líder sonrió con un amargo pesar. “Somos los heraldos de la muerte. Los que advierten a los vivos de su destino final. La cruz que cargamos es pesada, pero necesaria”.

Jung, intrigado, siguió a la procesión durante varias noches. Aprendió que este fenómeno no era un mito que se reproducía en la Santa Compañía galiciana o la Cacería Salvaje germánica, sino una realidad tangible. Los encapuchados eran almas perdidas, atrapadas entre este mundo y el siguiente. Su marcha estaba llena de significado: advertían a los vivos de su propia mortalidad y les recordaban la fragilidad de la vida.

Poco después de encontrarse con Jung, el mortal que lideraba la procesión murió. Siguiendo la tradición, el psicólogo se convirtió en el nuevo lí-

der, cargando la cruz y guiando a las ánimas errantes. A medida que avanzaba, Jung comenzó a comprender que todo esto era un símbolo profundo, una representación de la conexión entre la vida y la muerte, entre lo consciente y lo inconsciente.

Cada noche que pasaba se volvía más intensa, Jung experimentaba visiones y sueños extraños. Las ánimas le secreteaban sus deseos reprimidos. Se percató de que estaba atrapado entre dos mundos, el tangible y el etéreo. La línea entre su propia psique y la de las ánimas se desvanecía...

Era una noche de luna nueva cuando Jung se enfrentó a una elección. La Procesión de las Ánimas le ofreció un pacto: si continuaba guiándolos, obtendría conocimientos inimaginables. Pero el precio sería alto. Debería renunciar a su humanidad y convertirse en un puente entre los vivos y los muertos. Como lo habían hecho Caín, Herodes o el propio Carlomagno.

Jung vaciló. ¿Qué significaba la verdad frente a la eternidad? ¿Qué secretos se asomaban más allá del velo? Finalmente, aceptó el pacto. Su mente se expandió, y las ánimas lo envolvieron. Comenzó a ver el tejido del universo, los hilos que conectaban a todos los seres. Los arquetipos cobraron vida, la Procesión de las Ánimas continuó su marcha, y

Jung, ahora parte de ella, se convirtió en el guardián de los misterios. Los vivos lo veían como un anciano sabio, pero él sabía que su verdadera naturaleza trascendía al tiempo y al espacio. Ahora era un psicopompo.



Carl Jung Psychopomp,
IA de BING.

ARABIDADES E ITALOFONÍAS DE UNA FÉMINA

*Ante el mar agitado
la cuerda a saltar
abre un vacío.*

NIJI FUYUNO

Los beodos preguntones la confunden con un destilado de uva barato. Solo le falta una “ene” en su nombre para ser anhelada y no desdichada... H e n e s s y. Ella se fragmenta tripartitamente cuando sus labios musitan tres idiomas diferentes. Asiente la máxima de Fellini: *Un linguaggio diverso è una diversa visione della vita*. Tres versiones de sí misma, tres personalidades y, por lo tanto, tres maneras de ser desdichada.

En su gélida alcoba, la imaginación de Henessy serpea cuando Hvar Khshaita descansa. Moldea caligrafías de la *Arabia Deserta* y atiende las 1001 voces de los compositores agarenos que arriban como visitantes a sus oídos para comprender mejor la fonética de ese idioma y, quizás, para aventurarse en la *ummah*⁶.

⁶ En árabe *أمة* engloba a toda la comunidad de creyentes del islam.

Aún recuerda aquel día que por vez primera pudo hablar en árabe. Era el mes de Yumada al-Akhira del año 1441 de la Hégira⁷ —según ella. Bebía una decocción de yerbabuena con cardamomo, su mirada se proyectaba hacia el espejo, como si esperara a que la presbicia le ganara. Trémula y como si se tratara de una maravilla preternatural, dijo con toda espontaneidad:

هذه اللغة ليست صعبة، سوف تتكلمها بسرعة!⁸
(*Hadhh allught laysat saebatan, sawf qtkllmuha bisiri eatin!*)

El hecho la llevó a una superación docta por conocer más acerca del Corán. Del Corán se condujo a la dogmática legislación mahometana, es decir, a la Sunna. De la Sunna recogió la sabiduría de los hadices. De estos, sus ojos pasaron a recorrer el *Kitab al-Mirach*⁹ —cuyo autor misterioso todavía no es afiliado a la industria del reconocimiento occidental—, para concebir mejor la ascensión de Mahoma y sus enmarañados caminos. Seguida-

7 Traducido al calendario gregoriano como “cualquier pinche día de febrero del 2020”.

8 “¡Esta lengua no es difícil, la hablarás pronto!”.

9 El *كتاب المعراج* o *Libro de la ascensión*.

mente, husmeó por unos abandonados volúmenes de *Al-Futuhāt al-Makkiya*¹⁰ de Abenarabi, que le dieron entendimiento en materia de mística, teología y metafísica.

Con todos estos mamotretos hizo coalescente su formación como arabista y en su penumbrosa memoria se acordó de un tal Dante Alighieri. La *Comedia* había sido escrita entre 1304 y 1321, pero no haría su aparición pública sino hasta 1472. La teología islámica —que era anterior a la obra de Dante— ofrecía una escatología muy compleja y pomposa que literariamente encajaba *ad hoc* para la que sería la obra cumbre del padre de la lengua italiana. La curiosidad de Henessy no se hizo esperar y en su afán de conocer más sobre la concatenación entre estos mundos disímiles, fue capaz de hilar los niveles del *Yahannam*¹¹ con los círculos del Infierno de Dante, por lo que *ipso facto* emprendió su travesía en el mundo del italiano.

Las luengas paredes de su cuarto atendían lo que la fémina decía día con día. Estudió y tradujo a los grandes maestros sicilianos y a los avezados

10 الفُتُوْحَاتِ الْمَكِّيَّةِ ordinariamente conocido como *Las revelaciones de la Meca*.

11 El جَهَنَّمَ es el infierno musulmán. Su etimología proviene de la palabra hebrea גֵּיהֶנוֹם (*Gehena*), el “Valle de Hinom”, lugar en donde se purifican los transgresores.

en la pluma del *Dolce stil novo*. Repetía cada verso, cada estrofa, con la esperanza de perder el miedo a expresarse públicamente.

Un día cualquiera declamaba el insigne soneto *Madonna e il Paradiso* de Jacopo da Lentini con un arrebatado ciclópeo:

*Io m'aggio posto in core a Dio servire
Com'io potesse gire in Paradiso,
Al santo loco, ch'aggio udito dire,
O' si mantien sollazzo, gioco e riso.*

*Sanza Madonna non vi vorría gire,
Quella ch'ha bionda testa e chiaro viso,
Che senza lei non potería gaudire,
Istando da la mia donna diviso.*

*Ma non lo dico a tale intendimento
Perch'io peccato ci volesse fare;
Se non veder lo suo bel portamento,*

*E lo bel viso e'l morbido sguardare:
Chè 'l mi terría in gran consolamento
Veggendo la mia donna in gioia stare.*

Sin embargo... Un energúmeno gruñido se escuchó desde la planta baja, frenando toda inspiración:

—¡No estés haciendo ruido, Henessy! —espetó su madre, como queriendo quedar bien con un grupo

de nimios imbéciles—. ¡Acuérdate que los vecinos se enojan!

—Ya estoy terminando de estudiar, no te apures —mencionó Henessy, algo fastidiada por esa cruz que cargaba desde hacía 24 años.

—Ándale pues, en vez de ponerte a buscar trabajo o hacer algo de provecho prefieres desvelarte todos los días y, también, me haces desvelarme con todo el *ruidajo* que haces.

Con un hartazgo azas, Henessy comenzó a vociferar en italiano algunos sentimientos estancados hacia su progenitora:

—*Non ce la faccio più a stare qui! Non ho lavoro, non vinco denaro. Campo alla giornata!*¹²

—¿Qué dijiste?

—Nada, mami, que mañana me pongo a buscar trabajo —comentó la joven estudiosa antes de continuar con su empresa.

En realidad, Henessy pudo mentarle la madre, pero quería mucho a su abuelita. Además, se había percatado de un aspecto muy significativo... Digamos que algo aproximado a la satisfacción la invadió, pues durante la bronca que sostuvo con su mamá habló en italiano sin si quiera notarlo.

¹² “¡No aguanto más estar aquí! No tengo trabajo, no gano dinero. ¡Vivo al día!”.

Para ella este fue un encuentro con la ipseidad, pues el reconocimiento de sí misma le había develado las capacidades cognoscitivas que poseía. Y aun cuando descubrió esto, su pecho parecía deshabitado.

Acotación de un futuro incierto. Pudo traducir las 1001 lenguas de su conciencia onírica, mas nunca pudo traducir su desdicha.

DANZAS INFERNALES

El infierno es superficial. El infierno es una nada que tiene la pretensión y produce la ilusión de que existe.

SIMONE WEIL

Una mixtura gaseiforme de huevo podrido, azufre y moho penetró mis fosas nasales. Acompañado de dicho miasma, un sinfín de voces con tesituras que comprendían desde registros sopranos hasta bajos entonaban el siguiente cántico en un latín macarrónico:

*Salve Satanas, Salve Satanas, Salve Satanas
In nomine Dei nostri Satanas Luciferi
Excelsi
Potentum tuo mundi de Inferno, et non
potest Lucifer Imperor
Rex maximus, dudponticius glorificamus et
in modos copulum adoramus te
Satan omnipotens in nostri mundi...*

Al unísono, incesantes aleteos provenían debajo de mi cama, como si cuervos y torcazas disputaran

el usufructo de mi alma. Las paredes caldeaban, mi sosiego se escabullía, tal vez para ya nunca volver, todo me parecía sobrecogedor. A pesar de ser un mistagogo iniciado en el ásatrú y otras artes oscuras sentía el efecto de la vacuidad espiritual. La apatía ante mi situación, por parte del panteón nórdico, era irremediable.

De mi cuello pendía un talismán de cuero con la runa *algiz*, en la parte frontal; de lado posterior la sauvástica dextrógira y la palabra *alu* —escrita en alfabeto rúnico— estaban trazadas con mi sangre.

Procedí a cantar un *galdr* para invocar la protección de los dioses, cuando el efecto apotropáico fue interrumpido impetuosamente. Emergido de las sombras, un león antropomorfo con melena de fuego montado sobre un caballo negro, se acercó a mí y de su mano izquierda saltó una sierpe a mi pecho. Feralmente, clavó sus colmillos —cual si fueran agujas hipodérmicas— en el talismán, desfigurándolo en la inmediatez. Con eso, pude confirmar el desentendimiento de los *æsir* y los *vanir*.

En mi desesperación y casi en un acto de contrición, recordé las enseñanzas de la misa tridentina que alguien me había heredado. Invoqué, por lo tanto, al Arcángel Miguel —haciendo referencia al *Pequeño exorcismo de León XIII*— diciendo:

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.* Glorioso príncipe de la corte celestial, San Miguel Arcángel, defiéndenos en el conflicto que tenemos que sostener contra los principados y potestades, contra los gobernantes del mundo de esta oscuridad, contra los espíritus de maldad en los lugares altos.

» Ven al rescate de los hombres que Dios ha creado a su imagen y semejanza, y a quienes ha redimido a un alto precio de la tiranía del demonio...

—¡Vaya fariseísmo! ¿Prescindir de tus dioses en momentos cruciales? —interrumpió el ente regocijándose.

Omití la invocación para enfocarme solamente en recitar las partes más importantes que custodian al alma de todo piadoso:

—¡Aléjense de nosotros, sean quienes sean, espíritus inmundos, poderes satánicos, invasores infernales, legiones malvadas, asambleas y sectas!! En el nombre y por la virtud de Nuestro Señor Jesucristo. Que seas arrebatado y expulsado de la Iglesia de Dios y de las almas redimidas por la Preciosa Sangre del Divino Cordero.

—Pareces tullido, tu estolidez no te permite comprender que esas preces son ineficaces sin un sacrificio.

Suplicando, dirigí mi fervor hacia los demás coros angélicos, con la esperanza de encontrar compasión por mi felonía herética.

De igual manera, fui desdeñado por Cristo y sus huestes de la fe. La verborrea que la desesperación me hacía generar era placentera para aquella entidad que concebía mi sufrimiento como un jolgorio dantesco.

—Ahórrate esas palabrerías, sólo alimentas a mis 36 legiones demoniacas. Mi función es romper hechizos y contrahechizos. Soy constructor de torres, destructor de paredes, creador de aguas, turbulencias y tempestades. Conozco tus más recónditos secretos, así como lo ocurrido, el ahora y el porvenir. ¡Soy el Rey y Conde Viné! —acalló nuevamente mi súplica el demonio.

—¿Qué ansías de mí? Mi interés por la vida va disminuyendo progresivamente. Tal vez choque *accidentalmente* contra un muro de contención, se me resbale el cuello por una soga o *confunda* un litro de cloro con agua. No alcanzo a comprender por qué no me permites ahorrarte dicha faena.

—Me amamanto de tus miedos y constantes coqueteos con diferentes panteones. De la construcción que has hecho hacia tus egrégores ancestrales. Además, has pedido asiduamente que la

sabiduría absoluta te sea revelada sin importar el desenlace, por lo que antes de culminar mi trabajo te obsequiaré esa última satisfacción.

—Perecer... es un anhelo incomprensible para los profanos. He recogido la inmundicia de esta existencia con mi lengua: el dejo de la indiferencia y la ausencia de reciprocidad lúbrica, los lacerantes ojos de un perro ante las postrimerías de su vida, la alopecia en las víctimas de proliferación celular.

» ¡No! Si he de perecer, será a mi manera, no dejaré que una entidad semítica me despoje.

Cogí mi daga ceremonial e hice un corte horizontal, siguiendo el camino de la arteria radial de mi antebrazo, para conjurar la custodia de mi ser.

El espacio-tiempo se suspendió, en dicho instante de relatividad, giré a la izquierda y vi cómo Viné abría sus fauces lentamente conduciéndose a mí.

El león luciferino dentelleó mi cráneo de manera flemática mientras mi raciocinio se volvía brumoso. Una sensación de escalofríos transitaba por todo mi cuerpo y, al parecer, la expoliación de mi alma se deslizaba por el hocico de la fiera.

En mi agonía pude dilucidar los aspectos más intrínsecos de la realidad, como si en un susurro los Registros Akáshicos se me hubieran confesado. En

el ínterin que ocurría dicha secuencia, incliné lo que quedaba de mi cabeza y observé que un microcosmos de entidades diabólicas danzaba a mi alrededor, formando triángulos inversos en mi cama.

Con mi último suspiro grité hasta desgañitarme:
—SEMPER FIDELIS!

Mi congoja culminó y desperté en otro cuerpo. Ya no soy aquel que era, estas imágenes son lo único que conservo de mi vida pasada...



Danzas infernales,
IA de BING.

A TRAVÉS DE LA BOTELLA DE WHISKY

*Los vicios vienen como pasajeros, nos visitan
como huéspedes y se quedan como amos.*

CONFUCIO

Para mí todo es verde desde que ella me acompaña. No recuerdo el preciso momento en que la fascinación de su sabor, producto de sus moléculas anfipáticas, relevó el latoso oficio que la *daimon* Peito ejercía en mí. Pero déjeme le cuento, estimado lector, amante de la curiosidad y diestro en el rústico arte del *shisme* que la aventura de mi vida dio un vuelco desde que ese aroma a barricadas se afincó en mis hábitos nocturnos.

Ante nada, debo admitir que el escape al que accedía era un lujo, apenas y podía costear 750 mililitros del whisky más barato con mi escaso sueldo de vigilante. Pero tenía la certeza de merecerlo, pues cargaba con la insufrible frustración de ser un artista que era la cabeza de la familia. Había estudiado artes plásticas en una *ciudadusha* norteña que más bien parecía *ransho* con ínfulas de ser una

gran urbe. Tuve la falsa ilusión, como cualquier perteneciente a la generación Y —o *millennial*—, de conseguir una plaza gubernamental de base o de tener mi propia galería de arte; en cambio, el sexenio en turno nos asestó de *shingadazos* con la supresión de 109 fideicomisos y, sobre todo, con el ocaso de dos instituciones pilares para la salvaguarda identitaria y artística de este enriquecido país, el INAH y el INBAL.

Antaño, mi ocupación era boxear en calles de suelos calcisoles para poder pagar mis estudios. Fue así como conseguí mi actual empleo, no hubo necesidad de realizar el cansado protocolo de entrevistador-entrevistado, pues mi tabique estaba tan desviado y mis pómulos tan hundidos que testificaban mi bravura.

Éramos pobres, mi esposa Regina renunció a la dádiva que la musa griega Polimnia le había conferido para poder agregar más mandado a nuestra canasta. La conocí en un toquín de post-punk mientras ella cantaba covers en un pésimo ruso que era compensado por su gloriosa voz. No me enamoré de sus ojos que clamaban auxilio ni de su tonificado cuerpo que hacía sobresaltar toda su voluptuosidad. Tampoco de su estatura que emu-

laba a la de una amazona —pues me gustaban grandotas—, sino de la vibración de sus cuerdas vocales que me estremecían a cada susurrar. Nuestras vidas se fundieron como metales preciosos para recrear una aleación *quasi* perfecta. Con esfuerzos muy grandes viajamos de mochileros, conocimos las distintas expresiones arquitectónicas que sólo habíamos curioseado en láminas de la SEP. En pocas palabras fuimos muy felices, el *dream team* de las parejas. No obstante, todo se vio eclipsado por nuestro raquítico uso y conocimiento de anticonceptivos. Así como había abandonado su talento innato, tuvo que hacerlo con su formación académica, ya que meses después supimos que un agregado llegaría a nuestras vidas para obligarnos a conformar la peor de las instituciones: la familia.

¿Recuerdan que les dije que no recordaba el momento específico en que comencé a beber whisky? He aquí mi iniciación a la dipsomanía y la debacle de nuestra *disha*... Regina había optado por tener al bebé. Intenté persuadirla para que abortara, pero su estúpido catolicismo y el famoso “qué dirán” de los vecinos y familia inhibió toda posibilidad. Además, en nuestro país solo había dos entidades fe-

derivativas que habían despenalizado *disho deresho*; mientras que las latitudes norteñas se mostraban reacias, salvo nuestro estado circunvecino que poco a poco avanzaba a la “conciencia social” —según ellos. Nuestro hijo nació, lo bautizamos con mi nombre: Luis Fernando. Y poco a poco fui testigo de cómo iba siendo reemplazado por esa criatura cagona y plañidera, en tanto yo me perdía entre hielos y efluvios de licor.

Así pasaron cuatro, cinco, seis años. Durante toda esa eternidad traté de amar a mi hijo, pero cada vez que la interacción entre nosotros parecía prosperar, mi abnegación terminaba por reducir al pequeño Luis Fernando en un desdeñoso epíteto: *solovino*. Además, mi impaciencia crecía para con él porque no podía leer ni escribir bien las palabras. En una junta de padres de familia su maestra nos comentó que probablemente sufría de dislexia y disortografía y que, por lo tanto, necesitaba de una educación más “inclusiva”. Esa afirmación me enervaba ya que sólo significaba otro gasto que para mí era innecesario.

Como era de esperarse, no pudimos hacer nada por él. La educación “inclusiva y especial” es para

los ricos. Luis Fernando tenía problemas que sólo el llamado primer mundo podía solventar sin esfuerzos.

Toda esta situación orilló a que Regina desatendiera labores domésticas fundamentales como la cocina o el lavado de ropa. Fue así como mi repulsión hacia la concepción de familia nuclear progresó exponencialmente.

En vista de ello, la incertidumbre y la *sospesha* se personaban bajo dos interrogantes. ¿Cómo su madre, mi amada Regina, podía amarlo más que a mí? ¿Y por qué? Si ese *solovino*, que decían que era mi hijo, era un ser fútil y retrógrado que a duras penas podía deletrear trisílabos. En cambio, yo había leído a los grandes clásicos de la Literatura Universal, a Homero, Dante, Cervantes, Shakespeare y al mismísimo Goethe. No comprendía en qué momento dejó de amarme y admirarme... Realmente no cabía en mi raciocinio.

Una tarde cualquiera, Regina ayudaba al deficiente ese a leer un cuento sobre un murciélago. Imaginen el frenesí que experimenté cada vez que Luis Fernando pronunciaba “murciégalo” en vez de “murciélago”, era como si horadaran mi cráneo con objetos obtusos de mala calidad. No pude tolerar

más esas irreverentes jerigonzas que salían de su boca y frenéticamente arrojé mi vaso de whisky para lanzarme en contra de ese pusilánime del lenguaje. Mi esposa se interpuso y, sin dudarle, clavé mis manos en su exquisito cuello y lo comprimí hasta que su tráquea tronó —sí, está usted leyendo bien, hasta que su tráquea tronó. Fui por el mocososo, que se hallaba debajo de su cama —como si eso lo fuese a salvar, ¡pobre imbécil!—, y lo miré fijamente por última vez. En sus ojos se delataba el pavor y la incomprensión del porqué. Así que para no hacer tan larga su aflicción, cerré mis puños, que al tacto se sentían como lijas, y comencé a golpearlo en la cara hasta que se me acalambieron las manos. Terminé por desfigurarle el rostro, sus pómulos y nariz, y le dije:

—Mira, ya nos parecemos, aunque sea en algo —creo que no me escuchó, había dejado de tener espasmos en el momento en que lo adulé por su apariencia.

Finalmente me entregué a las autoridades y pasado el tiempo me di cuenta de que “murciégalo” era un arcaísmo del español. Aun así, el motivo era claro, no era por su maldita afasia, sino porque me había quitado a mi adorada Regina.

No hay nada como hacer una que otra relación

para salir librado de crímenes menores. Luego de dos meses en prisión, y gracias al sistema fiscal, me exoneraron, así que lo primero que hice fue comprar una botella de whisky.

Y es así como a través de la botella de whisky les hablo desde la impunidad y les cuento todo esto. También les digo que no he pagado porque, según yo, no le debo nada a la vida; al contrario, ella queda a deberme.

EL ANEXO

La ausencia del deseo de vivir no basta para tener deseos de morir.

MICHEL HOUELLEBECQ

Domingo 24 de mayo, 6:00 p.m.: “La proactividad laboral me ha obligado a sonreírle a la vida desde mi computadora, pues estamos en el preámbulo de una pandemia que se divisa extensa, casi interminable. Mis superiores —desde la comodidad, el privilegio y la apatía— han confundido la generación de más entradas económicas con asignarnos funciones que ni siquiera nos corresponden.

Es por ello que tengo un mes consumiendo cristal. Desde los 25 años mi metabolismo dejó de tolerar la cafeína y ahora con un lustro más, eso se hace notorio cuando alguien toma café, en realidad no tolero ni su olor. De suerte que mi amigo Luis Carlos, con su gran conocimiento en soporíferos y psicotónicos, me recomendó utilizar *crico* —así le decimos de cariño al cristal— para poder estar en vela y complacer a mis jefes con trabajos que no tengo la menor idea de cómo hacer.

Por lo pronto, el *crico* ha hecho muy bien su función. He terminado mis quehaceres, le he avan-

zado a otros e, incluso, tuve días muy *cachondones* con mi prima porque pues estamos en el norte y a la prima se le arrima, ¿no? El único inconveniente con el que me topé es que ya no podía dormir y a recomendación de mi *dealer* compré tantita ‘chiva’ —heroína, pues— para poderme dormir cuando me diera la gana.

Así mi rutina se ha ido intercalando entre el cristal, cuando requiero desvelarme, y la heroína, cuando ya estoy hasta la madre. El éxtasis que produce el *crico*, además de la concentración y el desvelo, me permite desarrollar habilidades comunicativas que no veía en mí desde hace tiempo; la ‘chiva’ me tranquiliza y despeja mi mente de todos los pendientes, se siente como si desde mi brazo se propagara toda la placidez y despreocupación que me hacían falta.

Tengo la esperanza de que pronto pueda volver a mi rutina diaria sin la necesidad de utilizar drogas.

A ver cómo me va...”.



Lunes 25 de mayo, 10:23 a.m.: “Hoy me desperté sin ningún mensaje, en realidad no he recibido uno desde hace días, creo que las personas tienen sus razones para no hablarme y yo también tengo

las mías para no contestarles —en caso de que lo hicieran. Uno de mis motivos es que estoy cansado de contarles a mis amigos que vivo constantemente insatisfecho y que nunca había deseado más acelerar el curso de mi existencia; sí, ellos también están hartos de mis pendejadas”.



Miércoles, 4:74 del día que no es hoy: “Otra vez ese hedor a mierda recorre mi aliento. Mis encías sangran y mis labios están severamente agrietados, lo mismo ocurre con mi mandíbula y mis sienes: ineludiblemente estoy sufriendo de bruxismo.

Han pasado dos días desde que pude conciliar el sueño. Apenas cierro los ojos y veo destellos, escucho susurros ilusorios, y me entra la paranoia con mis propios vecinos. He dejado de ser productivo, sólo consumo y consumo y consumo, pase tras pase.

Hoy más que nunca necesito un abrazo, necesito de mis amigos. Pero ellos tienen cosas más importantes que hacer, deben resolver sus propios problemas, lidiar con esta vida aparente. Los comprendo y no quiero darles problemas gratis ni ser una carga superflua.

De ahí que he tomado la decisión de anexarme en cuanto amanezca”.



Miércoles al amanecer: “Pido un Uber, voy de camino a un anexo que tiene por apelativo una voz griega propia de la filosofía platónica. Intuyo que voy directamente al mundo sensible donde no hay siquiera *eikasia* ni *pistis*.”

Recibo una llamada de Jimena —mal presagio—, no alcanzo a entender la situación, sólo sé que Ricardo ha fallecido. Luis Carlos y yo estamos viviendo infiernos paralelos: él por la muerte de su novio; yo por mi propia expiración”.



Ese mismo día: “Dejé mi credencial de elector, una carta responsiva y un pequeño incentivo para mi estancia en este centro de rehabilitación. Me mostraron el lugar, hay canchas de basquetbol e incluso un mini gimnasio, un salón de pláticas donde todos se reúnen para escuchar sermones y voces esperanzadoras. Aparentemente, este lugar es el ideal para despejarme y cortar de raíz mis adicciones”.



Dos o tres días después, ya no recuerdo: “Duermo en un cuarto con cuarenta cabrones, al parecer ni se preocupan por desinfectar o trapear el lugar. Comemos frijoles, arroz y calabazas, si no en estado de putrefacción sí picadas por el calor excesivo que las paredes de block irradian. Nuestra regadera es una vieja manguera podrida y lo irónico es que también cumple la función de bebedero. Así que digan ustedes ‘sana distancia’ pues no hay mucha.

Francoamente nunca había sentido una tentación tan grande como ahora, pues aquí convivimos con unos sujetos pseudorehabilitados que fingen ser cristianos y tener las *potestades del Paráclito* — según ellos, porque sólo se convulsionan y vacilan pendejadas cuando el pastor los toca, aparentando que disponen de una variedad idiomática en su ser, que llaman ‘don de lenguas’—, mientras que aquí narcomenudean toda esa mierda que me metía por las fosas nasales y la vena cubital mediana, y de la que, además, vengo huyendo. Bueno, pues a esos pérfidos les llamamos ‘padrinos’.

Me da una enorme dicha desconocer el sistema de intercambio comercial que tienen aquí, porque de esta manera mi abstinencia se ha catapultado de sobra. ¡Parece que este lugar sí es funcional!”.



Un día cualquiera: “En la mañana tuve que hacer uso de mis habilidades pugilísticas porque *El Pollo* me cantó un tiro dado que había una cola muy larga para bañarse y yo, mezquinamente, hacía uso de ese trozo putrefacto de plástico, cuyos extremos expulsaban de todo menos agua limpia.

Total, que mientras yo entonaba un fragmento del canto goliardo *Bacche, Bene Venies* —en latín bajomedieval, por supuesto—, sentí una mano en mi hombro que me hizo girar 180 grados y que además venía acompañado de un bramido sumamente vulgar —digno de un carpetovetónico al que no le han dado su hueso como a cualquier otro perro— que sintetizaba la estabilidad emocional y la pericia que *El Pollo* tenía para resolver problemas: ‘¡valiste madre, pendejo!’, seguido de un puño que, si no fuera porque en el box me enseñaron a cerrar la boca, me hubiera tragado en su totalidad.

‘Madrugaron al Mike’, ‘¡ya valió verga este pedo!’, ‘¡mejor quédate ahí, bato!’, ‘¡chíngatelo, Pollo!’ —alcanzaba a escuchar mientras me cercioraba que no me faltara algún diente. Y en efecto, *El Pollo* me había madrugado. Mi deber era, primero que nada, defender mi honor y en segunda instancia, no quedar mal ante mis nuevos amigos. ¡Imagínense las

habladurías que se hubieran desatado! ¡Qué irían a pensar de mí!

Decidido, me levanté y con mi guardia zurda — no por nada me decían *El Zurdito*— hice una finta, le conecté un *speed jab*, dos ganchos y un *upper*. El pobre infeliz cayó como el gigante de las habichuelas, ni se atrevió a levantarse, se retiró arrastrándose hasta el primer charco que vio para al fin lavarse la cara —si me lo hubiera pedido de buena manera, le habría compartido de *mi* manguera, pero, en fin, esta gente es muy descortés.

‘Mamá *El Pollo*, mi Mike’, me dijo el mismo imbécil que había gritado: ‘¡chíngatelo, *Pollo!*’, mientras me daba palmaditas en la espalda que interpreté como una felicitación por mi esmero.

Creo que necesitaba de esta coyuntura para que los demás respetaran mis tiempos con la manguera. Hacía mucho que no me emocionaba tanto, incluso puedo decir que hoy fue un buen día”.



Una noche cualquiera: Las nubes adornaban el manto cerúleo, la luna, en su calidad de Doncella, Madre y Anciana, parecía encinta. Ni si quiera el gruñido de los toxicómanos con *malilla* interrumpió el conticinio que había en el escenario...

—¡¡¡Me lleva la chingada!!! —gritó Mike frente a su audiencia, es decir, dos canastas de básquet que se encontraban en el patio principal—. ¡¿Qué hago aquí?! ¡¡Yo no pertenezco aquí!! ¡¡No soy como ellos!!

—¡Sufres porque quieres, pendejo! ¡Eres un pinche adicto como todos nosotros, no eres el único que tiene problemas, güey! ¡Consíguete un nuevo trabajo, deja de consumir esa madre y ya déjanos dormir, échale huevos! —se escuchó una voz anónima a la distancia.

Al atender dicha diatriba, Mike sintió un espasmo corporal y un revoltijo de emociones que finalmente se redujo a la ventura más grande que había sentido:

—He presenciado ante mis ojos la fugaz encarnación del mismísimo Siddharta Gautama —dijo perplejo en sus adentros, mientras le salía sangre de la nariz, quizás porque el consumo de metanfetaminas había dañado irremediablemente sus cavidades nasales—. Jairo acaba de resumirme la ‘verdad del *dukkha* y de la *samudaya*’ y me introdujo al ‘Óctuple Sendero Noble’. ¿Cómo es posible que la sabiduría del *despierto* se me haya presentado de forma tan occidentalizada en la podrida

dentadura de Jairo? No creo que el *Buddha* haya sido adicto al fentanilo ni que hubiese asesinado a su hermana con 27 puñaladas. Total, ¿yo quién soy para eludir las señales que me da la vida? ¡Debo hacerme budista! Y no cualquier tipo de budista, sino de la tradición Vajrayāna, ¡mi camino está allí, seguro que sí!

» Pero primero, debo salir de este maldito bodrio al que llaman ‘anexo’ y ponerme pilas...



Un año y un día después: “Ahora soy ásatrú, he conseguido transitar por el camino medio. A través de las enseñanzas del *Buddha* pude construir un *modus vivendi* exotérico que, hasta hace algunas semanas, me mantuvo alejado del vicio; con la ayuda de mi padre *Wuotan* experimenté la relación esotérica de la espiritualidad, sus runas me han servido para desarrollar la magia y clarividencia.

Sin embargo, últimamente he estado consumiendo, consumiendo y consumiendo. ¡No he perdido la guerra, sólo una pequeña batalla! De hecho, he consultado con la almohada y con la mano —sobre todo en las noches, cuando me autoaplico la ‘ley del talión’— la posibilidad de volver a ‘Doxa’, digo, al anexo.

Quizás esta vez me tope con la reencarnación de Apolonio de Tiana en un oxicodonómano que hace batallas de rap para aumentar su execrabilidad. ¿Quién sabe? De todo hay en la viña del Señor”.



Dezember (Wotan mit Wölfen) (1906),
Hans Thoma.

ASÍNTOTA TERESAICA

Berre spring til mine skogar
Berre jag I mine fjell
Før din flokk til mine dalar
Lat oss laga ringen heil
Eg skal syngje deg vegen heil
Eg skal syngje heimat heil

WARDRUNA

I

Se me advirtió, traté de evitarlo, pero el hecho era insoslayable. Incluso las Moiras se cagaron de risa, haciéndome creer que me había salido con la mía... Era una treta del destino.

Ahora me debato, ¿por qué si existe una base bioquímica del amor, no puede haber un proceso alquímico en la *Opus magnum* para transmutar dicho sentimiento hacia el vacío de la nigredo? ¿Es acaso la Himarmene —como un carácter personificado de la divinidad o meramente conceptual— de los estoicos o la predestinación calvinista tan verdadera que dictan el rumbo óptico de todo lo que existe?

Poco antes de ser un desquiciado solía tener lo que ustedes llaman “proyecto de vida”. No obstante, la chingada me cargó y me llevó muy lejos,

tan lejos que en lontananza no alcanzo a divisar los fundamentos por los que bregaba. *Grosso modo*, mi vida podría resumirse en esa tan conocida periodización de la arqueología mexicana que fue casi fusilada de J. J. Winckelmann, a saber, Preteresaico-Teresaico-Posteresaico. Aunque en realidad, estoy en una temporalidad liminal que podríamos llamar “Epiteresaico” o “Teresaico tardío” ya que aún no he logrado aceptar y superar en su totalidad la situación que aquí nos atañe. ¿Pero qué es lo “Teresaico”? ¡¡Todo lo relativo a Teresa!!

Mis ansias por coleccionar conocimientos y sabidurías ocultas me llevaron a ella. Un tal Duir, maestro de artes brujeles, me convocó a hermanarme a su aquelarre. En mi neblinosa retentiva, la primera vez que acudí a ese cónclave de jorguines vi que de las cuatro paredes afloraban ahorcados manojos de variadas yerbas: ruda por aquí, romero por allá, albahaca por acullá, chiles secos en una esquina, una trenza de ajos en la otra. En fin, parecía una casa animada para espantar no sé qué cosas. Debió haberme espantado a mí, porque si así hubiese sido no estaría apostrofando todo esto. Pero bueno, eso no sucedió y lo que sí aconteció fue que al subir el segundo piso de la que podría ser la casa mexicana de Baba Yaga, me inundó un

paréntesis como si una parte de mí se despidiera diciendo «hoy es el principio del fin» —¿o acaso era el fin del principio?—, porque al cruzar el umbral la descubrí y me descubrió. La sensación que me atravesó puede comprenderse mejor con los cognados nórdico-orientales del sueco y el danés: *förälskad* / *forelsket*. Gracias a esa experiencia eufórica de ir sintiendo *in crescendo* el enamoramiento, estuve a punto de caer en hinojos para rezarle pensando que era la encarnación de alguna Diosa ugrofinesa a la que íbamos a adorar. Pero no, Teresa era tan humana como yo. Lo primero que vi fue el oleaje de su anochecida melena... Sí, me-le-~na, porque era una leona de sol y ascendente; y tal vez una loca cabra lunar. Toda mi aflicción cabía en la profundidad de sus ojos. Ella era el triunfo absoluto de la belleza y más que una empiria estética fue un trance místico lo que experimenté —a la manera del genial Sergio Pitol cuando divisó en persona esas pinturas acuáticas en Moscú. Apuesto mi vida, sin temor alguno a perderla, que, si Teresa hubiese estado en *El juicio de Paris*, Hera, Atenea y la mismísima Afrodita caerían derrotadas ante ella. Incluso llegué a considerar que entre tantas yerbas se había formado una ensalada de tufaradas herbales que habían alterado mi estado

de consciencia, de tal manera que lo que estaba frente a mí era un espejismo. ¡Mas no, Teresa era tan real y tan humana!

Me dirigí hacia los demás para presentarme y cuando tocó el turno de personarme con ella me dijo: «no te preocupes, aquí no sacrificamos personas». Craso error, porque yo era un consolidado necromante y ella, en su conducta leonina, me había subestimado... Fue tan sensual que una pigmea de 1.53 me sobajara de tal manera, haciéndome sentir extasiado y a la vez inseguro. La noche transcurrió como una rutina ritual cualquiera, pero sin siquiera percatarme sería mi *rite de passage* hacia la locura y sería marcado como Caín, nada ni nadie sería capaz de matarme, sólo la potestad de Yehováh podría hacerlo y en este caso me había rendido a otra divinidad: Teresa.

II

El curso cíclico de las estaciones se cumplió, dando como resultado una ininterrumpida manía acerca de la *esencia teresaica*. Así pues, tuve que ir aceptando que padecía del síndrome de Stendhal cada vez que brujeábamos juntos, por lo que mi ausencia dentro del aquelarre se fue haciendo cada vez más notoria. Especialmente cuando supe

que ella ya andaba con un pinche frentón lasallista *caemebién* —cuyo nombre no es si quiera digno de mención en este relato, pues él sí que está más que enterrado— que cada vez que tenía el infortunio de toparme con él, me soltaba esa verborrea meritocrática tan característica de los *whitexicans* y, para acabarla de chingar, sentenciaba al final de cada frase: «pues, es que güey, literal», como tratando de hacer apología de una irreverencia discursiva que ni él comprendía.

Tenía que soportarle puesto que Teresa se había hecho *roomie* de Duir y en dicha casa nos reuníamos para las celebraciones martesinas, y como aquel imbécil parecía más un parásito que la pareja de Teresa, pues nunca se le despegaba, tenía que sobrellevar su sola presencia. Le odiaba, no puedo decir más, pero mis razones eran más que justificables —según yo—, ya que no le bastaba estar con Teresa, sino que me lo echaba en cara diciéndole, mientras volteaba a verme de soslayo, «¿¿quién es tu novio??». Todo esto me enervaba a tal punto que interrumpí durante meses mis visitas y reuniones con el aquelarre, por ende, yo me separaba de la *influencia teresaica* momentáneamente. Nada se supo de mí.

III

La brevedad de la tranquilidad es como un pensamiento, discurre a velocidades inimaginables que apenas tenemos el placer de gozarla, pero cuando se es consciente de dicha tranquilidad termina guareciéndose como un sentimiento de añoranza en los momentos más sórdidos.

Así pues, durante ese pequeñísimo lapso de paz mental, me avasallé hacia el sacro arte himnico-litúrgico, deleitándome inicialmente con el género de los cantos gregorianos que S. Gregorio Magno había perfeccionado en ritmo libre y melodía diatónica. Era por antonomasia la plegaria cantada de la Iglesia, la lengua de la liturgia, según Pío XI. Incluso me interesé tanto que aprendí de memoria el *motu próprio* 'Tra le sollecitudini', II, n. 3 que Pío X había escrito, llevándolo en mi cabeza hasta la fecha:

Hae dotes praecipue inveniuntur in cantu gregoriano, qui igitur Ecclesiae Romanae est, quem ea a maioribus accepit, et in codicibus liturgicis, volventibus aevis, fidelissime servavit, quem vero, prout est proprius, Christicolis proponit et aliquoties in liturgia praecipit, quem denique

*novissima studia pristinae dignitati et integritati restituerunt*¹³.

Pronto comencé a delirar extáticamente cuando a mis oídos marchaban esas voces monódicas, por lo que primero me hice afecto de leer los pautados rojos de notación neumática y cuadrada, luego, el oficio de la quironimia se hizo coalescente a mis movimientos manuales. Faltaba que tan sólo escuchara un *Te Deum* o un *Kyrie eleison* para pretenderme un primicerio, *prior scholæ* o *magister scholæ* en mi habitación. Dirigía a un coro de figurillas de arcilla paganas —porque para mí, al igual que para el ocultista más avezado, no existía diferencia entre panteones, pudiendo convivir festivamente judeocristianismo y paganismo indoeuropeo—, entre las que se destacaban Odín, Brigit, Lilith, la Santa Muerte y Lucifer. Y aunque en realidad mi dirección musical consistía en una serie de ademanes

13 “Hállanse en grado sumo estas cualidades en el canto gregoriano, que es, por consiguiente, el canto propio de la Iglesia romana, el único que la Iglesia heredó de los antiguos Padres, el que ha custodiado celosamente durante el curso de los siglos en sus códices litúrgicos, el que en algunas partes de la liturgia prescribe exclusivamente, el que estudios recentísimos han restablecido felizmente en su pureza e integridad”.

groseros a destiempo, me permitía desentenderme de todos aquellos *recuerdos teresaicos*.

Posteriormente, fui transitando en las composiciones de Josquin des Près, Adrian Willaert, Michael Praetorius, Froberger y Sweelinck. Pero fueron los preludios y corales para órgano, así como las cantatas, misas, motetes y oratorios de Dietrich Buxtehude los que formaban parte de mi rutina auditiva. Esas arias estróficas, tan características del compositor de Helsingborg, me generaban una espiritualidad tan considerable que casi ni me ocupaba de mi malestar emocional. Incluso llegué a obsesionarme con su biografía compilando los datos más mínimos de él. ¿Sabían ustedes que G. F. Händel y J. S. Bach fueron fieles adeptos de su música? Él era el precursor, sin él *El Mesías* de Händel o la *Pasión según San Mateo* de Bach, no habrían despuntado. Händel, por su parte, había presenciado su majestuosidad en Lübeck, Alemania, allá por 1703; mientras que Bach habría hecho una peregrinación de cincuenta millas a pie desde Arnstadt, debido a sus escasos recursos, únicamente para conocerle. Estas referencias, innecesarias para el vulgo, me permitían tolerar la existencia.

Cierto día prestaba mis oídos a la sexta cantata

de la *Membra Jesu Nostri*, el *Ad faciem*, y mientras esas voces seráficas alargaban el característico *Amen* para ultimar la obra, la negrura se hizo presente en forma de timbre de llamada, interrumpiendo ásperamente el final tan esperado. Era un timbre característico, la *Danza de los caballeros* de Prokofiev, que le tenía asignado a un fantasma del pasado: Teresa.

四 · 사, tú

¿Por qué un asunto que, según yo, estaba tan sepultado seguía cobrando vigencia en mí? ¿Cuál sería mi nuevo escondite para no pensar ni sentir todo este reborujo? En mis adentros sabía que al atender el *llamado teresaico* no habría marcha atrás. Era obvio, me condené cuando decidí cambiar a Buxtehude por Teresa. Ese impulso por verme embelesado hacia la contemplación estética nunca volvería, me quedaba con la vacuidad que sólo Teresa podía ocupar en mí. Ni siquiera paré mientes, me aventé como gorda en tobogán.

Y es que las palabras con las que me mareó se asemejaban a las de un *trickster*, ese personaje mítico-arquetípico de todas las culturas que siempre termina chingándose a los demás con un afán tácito de desafiar la conducta convencional y de-

mostrarse superior. Ya que, en primera instancia, emergió del lodazal de mis recuerdos para darme un soplido —que si no un esputo con moralina— ilusionante al decirme que daba por perdida su relación con el pinche frentón de su novio. ¿La razón? Que el imbécil decidió lucir sus profundos hábitos de pulsión anal en una boda. A saber, se puso a picar culos sin ton ni son a los presentes evadiendo toda distinción de género —hasta eso el pinche frentón era inclusivo— y Teresa, como buena malinche, no podía ni debía soportar la supina pendejez de su pareja, por lo que no cejó en seguir con esa relación. Al menos momentáneamente...

Lo que a continuación les narro quizás forme parte de mi mendacidad, imaginación o percepción sumamente alterada de la realidad —o tal vez sí fue verídico—, vaya usted a saber. Pero de lo que sí estoy seguro es que fue el mejor mes de mi vida.

Un amasijo de películas de Tarkovsky, música de Led Zeppelin y Depeche Mode, exceso de cocaína, pasajes de Hermann Hesse, profundas lecturas de Tarot y largas noches en vela fueron la moneda corriente de aquel mes. El ejercicio gastronómico que Teresa estaba cocinando con todos esos ingredientes recaería en una carroña que yo devoré en su totalidad y que repercutiría en mi comportamiento más tarde.

*
**

...Pero, ¿cómo olvidar ese resbaladero? ¿O aquel escape a La Presa durante la alborada? ¿O la manera en que tus dedos me recorrían, Teresa?

Tal vez eso lo pueda arrinconar en un área solitaria de mi hipocampo. Mas lo que no puedo arrinconar en ninguna parte, pues escapa de mis actos volitivos, es lo siguiente:

- 1 Celebraríamos juntos Lammas-Lughnasadh.
- 2 Llovía, no traía carro y prometiste pasar por mí al trabajo.
- 3 Te esperé, te esperé, te esperé..., me mojé. Tú lo olvidaste.
- 4 Me llamaste. Te contesté. Quedamos de vernos en algún no-lugar.
- 5 Tomé un DiDi.
- 6 Me bajé. Me miraste largo rato.
- 7 Volviste con X...

*
**

... «Oh, mi pendejo, ya volví con él», lo dijo sin siquiera pronunciarlo, sus ojos lo glosaban como si estuviera viendo a un famélico perro cuyas costillas abarcan toda su corporalidad. Lástima, le llaman algunos. Nadie me había tenido lástima —al menos que yo supiera.

En un acto de absoluto estoicismo acepté celebrar Lammas-Lughnasadh con Duir, con ella y con el pinche frentón de su ahora “renovado” novio. Durante el ritual el fuego estalló, éramos un sagitario (Duir), un ariano (Yo) y una leonina (Ella) —sin contar al otro idiota que era un maldito CÁNCER, del cual sus aguas palustres apagaban toda fogosidad—, los tres fuegos zodiacales danzando, meneándonos, recibiendo la Primera Cosecha y despidiendo la fase lumínica del año. No obstante, mientras los demás *recibían* atávicos dones del Dios y la Diosa, yo fraguaba una triquiñuela para escapar de ahí.

Un anillo es el símbolo más grande del compromiso, la eternidad, la unidad, la reencarnación. Es el Sol y la Luna, el Universo. Pero también es la atadura, como lo ejemplifican las narrativas en torno al Dios acadio-sumerio Šamaš-Utu y del Dios babilonio Marduk. Y para romper las amarras es necesario del fuego que todo lo consume, lo purifica y transforma. Al hermanarme con ellos, Duir, como buen ser del bosque, me obsequió un anillo de roble que venía a significar la entereza. Entereza que había perdido horas antes. Así pues, con mi alma asfixiada y mis impulsos huidizos empujándome, me propuse darle fin a todo *dominio*

teresaico. Desprendí de mi anular izquierdo el anillo y lo guardé en mi puño. Me acerqué al caldero flamígero y ante las desconcertantes miradas de las Diosas y Dioses, de Duir y de Da... Teresa, arrojé el anillo al vacío de la ya-no-existencia. Una enorme lengua de fuego sobresalió retorciéndose desde el borde, después saltaron chispas y finalmente plumearon las cenizas. Las atónitas miradas me siguieron hasta la puerta, me descubrí la cabeza y dejé caer al piso la túnica que me cubría de la desnudez espiritual. Salí de la casa de Duir para ya nunca volver, las palabras sobran para dar a entender mi deserción del coventículo.

Afuera me esperaba la lluvia y una larga caminata de 30 kilómetros. Enjuto, podía reflejarme con el cielo, era como un espejo mío, quebrantado y atormentado: ambos llorábamos.

Ampollado y casi resfriado, entré a la casa, mientras en mi cabeza retumbaban incesantemente *No Quarter* y *What Is and What Should Never Be* de Led Zeppelin. Lo demás sólo son *flashbacks* y escenas incomprensibles.

V

Me abandoné a los vicios, la exaltación báquica era mi buen yantar. Los siguientes meses fueron de perdición, cambios innecesarios en mi físico y un carrusel que se aferraba a seguir, seguir y seguir. La cocaína no me hizo tanta adicción como el cristal, cada que trituraba esas pequeñas calcitas para formar una línea no podía sino imaginarme aquella columna vertebral que sostenía a Teresa, tan blanca, tan nívea, tan exquisita. Imaginaba poseerla con ese efecto estimulante que sólo puede ofrecer la metanfetamina. Pero la *adicción teresaica* era todavía más avasallante que el cristal. Terminé en un *cul-de-sac* como dicen los franceses, sardos, occitanos y rumanos. ¡Un maldito callejón sin salida!

Para ocultar mi vergüenza hube de cambiar mi aspecto. El primer episodio tuvo como particularidad el morado en mi cabellera y el *shellac* en mis uñas, pasando por ser un *pelirrosa* y *barbalarga*, y luego nada de pelo..., parecía Syd Barrett en 1975. Dispuse rasurarme de pe a pa cuando en una mordaguera, afuera de un bar no apto para claustrofóbicos —y sí al parecer para homofóbicos— cuatro anodinos espetaron contra mí una sarta de pendejadas: «pinche joto», «pareces vieja» y «se te ve

bonito el rosa, mi amor». Primero los rete con la mirada, después con las palabras y de las palabras terminamos yéndonos a las manos. Uno a uno se arrojaron contra mí, di batalla. Acto seguido, se abalanzaron todos juntos y no hubo nada qué hacer. Tozudamente, me levanté haciendo eses y como pude les grité: «¿y esas caricias qué? ¡Pegan como viejas!». Nuevamente, llovieron los porrazos. Me desprendieron la retina y a pesar de ello, con un sólo ojo, en mi propio charco de sangre vi el *espejismo teresaico*.

No podía seguir así... No debía...

VI

Procuré transformar mi vida, enmendarla. Una larga desintoxicación a base de ejercicio, dietas georgianas, meditación *vipassanā* por las mañanas y *tonglen* por las noches, fueron néctar y ambrosía para mi día. Otrosí, los estoicos fueron grandes incentivadores para dejar atrás la nolutad de seguir, aunque en un principio percibiera su filosofía como un conformismo omnímodo que era predicada por tartufos privilegiados —a excepción de Epicteto, él sí se la rifó desde las más míseras deyecciones de la vida.

Del mismo modo, probé ponerme al corriente con la gente de mi edad instalando Tinder, Bumble y otras más. ¿Qué les puedo decir? La gente gusta de parafilias muy extrañas hoy en día: una chica que se complacía machacando repetidamente mi sexo contra sus rodillas y posaderas mientras me hacía suplicar; otra que se cautivaba cuando le escupía cereal rancio en la cara; y otra más que gustaba de colgarme de las turmas para darme vueltas como volador de Papantla.

*
**

—¿Problemas en el paraíso? —pregunta un público que nada más existe en mi cabeza.

—El paraíso no existe —les respondo.

—¿Entonces si no existe por qué parece que estás viviendo un infierno? —me pregunta un cuadro empolvado de San Martín Caballero.

—Porque sólo existe eso —vuelvo a responder.

—¡Déjate querer, déjate querer, déjate querer! —me gritan un *dildo*, un látigo y una *chastity cage*.

—¡Ya se les acabó la hora! —brama desde afuera el encargado del cuarto oscuro.

*

**

...Bien dicen que un clavo saca a otro clavo y justo cuando estaba por sacar ese clavo, durante la cita más normal que había tenido en meses, escuché: «¡Mmmeecccoo!».

Vaya manera de dirigirse a mi persona, hube de poner freno a sentimientos que amenazaban desbordar... *Retrouvailles*, se dice en francés. Indudablemente, esa tesitura de contrato era *teresaica*. Con eso pude comprobar que Teresa no era un simple clavo, sino un tornillo industrial con taquete y guacha.

Retomamos contacto y según yo, con inteligencia emocional, algunos ejercicios de programación neurolingüística y unos cuantos inciensos podría considerarla como una persona más, cuyo protagonismo había durado más de dos temporadas, pero que ahora se convertiría en un personaje incidental. Así fue como me impuse engañifas de las que fue testigo una pintura rupestre de *Ganóko*, el Gigante *ralámuli*, ya que, entre las muchas cualidades de Teresa, destacaba la fotografía y era menester hacer un registro arqueológico de dicha pintura, por lo que la invité. El aparente olvido y reconciliación se consumaron en un abrazo. ¡Por fin! Era el momento de seguir con mi vida, de hacer cosas nuevas. Así que con ese estúpido candor que

caracteriza a los niños, accedí celebrar con Teresa las festividades paganas de Yule, Mōdraniht, Las Saturnales y Alban Arthan, todo en un mismo día. Estaba satisfecho, haría mi retorno como un gran *vitki* ritualizando con mis antiguos hermanos. Nada podría salir mal.

VII

Llegó el día en que la noche es más larga. Las piñas y agujas de abeto, las mandarinas y la canela, así como el clavo y el anís estrella desprendían sus aromas hibernales. Yo me preparaba frente a un gran espejo de obsidiana, trabajando con mi sombra, abrazando mi sombra. En apariencia todo saldría excelente...

Cuando me personé frente a la puerta, percibí la ausencia astral de los otros. Éramos únicamente Teresa y yo frente a la luna, ante los Dioses, delante de una oleada de seres inmateriales y objetos animados. Había preparado casi un guion teatral para concatenar todas las festividades paganas que abarcaríamos durante el ritual. Pero primero era necesario purificar el espacio y realizar el *bannishing*, que consiste en pasar un ramillete, previamente mojado con agua y sal, de ruda, romero, albahaca, pirul, laurel, lavanda y eucalipto. Para luego encender un atado de salvia blanca, ciprés y

marrubio, y así sahumar los cuerpos físico, etérico, emocional, mental y espiritual.

Dicho proceso me llevó a tropezarme con su mirada casquivana, como aquella primera vez en casa de Duir. Mientras la sahumaba de cabeza a pies y de pies a cabeza, contemplaba aquel humo plumizo acariciando sus turgentes senos. Su cuello era tan exquisito como un búcaro, como un tallo, como un alamar. Hacía calor y era diciembre, y en diciembre sólo se asoman las ondulaciones gélidas que anuncian el fin del año gregoriano. Vis a vis, ella y yo ardíamos de calor y palpitación, el aire entre nosotros tembló y con ello, vinieron esas sensaciones físicas en las que no faltaba el placer. Teresa provocó mi masculinidad, algo hizo implosión en nosotros. Enhiesto, la huella del pecado se asomó entre mis pantalones: la *coniunctio Solis et Lunæ* principiaba.

Eros y Thánatos danzaban, la noche oscura del alma ya se anunciaba. Los Arcanos Mayores del Tarot comenzaron a levantarse en dimensiones humanas. El Arcano IX nos *iluminó*; el Arcano VI nos bendijo riéndose; mientras que los Arcanos V, XII y XV cuchicheaban a lo lejos. Los demás Arcanos iniciaron una carrera alrededor de nosotros haciendo infinitos ochos, cantando y girando.

Un portazo congeló el paroxismo: «¡slam!». Era X, el pinche frentón viéndonos como voyerista. Poco a poco, los Arcanos se desvanecieron, las paredes se derrumbaron y Teresa se desdibujaba, sólo quedaba el fantasma de su sonrisa... Desperté y frente a la pantalla de mi computadora los *kanji* y *hiragana* de la frase 恋の予感 / *Koi no yokan* también se deshacían. Continué escribiendo.

*
**

Te invento y te reinvento en cada sueño, Teresa. Cambio el guion, a veces a tu favor y otras muchas en tu contra:

—Te mato y me matas,
—me matas y te mato—
—te rozo y me rozas,
—las rosas que nunca te di—
—los besos a los que accedí.

/Las-líneas-de-tus-gruesos-cabellos;
las-líneas-de-mis-espesos-tatuajes/

(Esas/líneas/están/destinadas/a/nunca/unirse)

Por eso siempre serán una:

A-S-Í-N-T-O-T-A | T-E-R-E-S-A-I-C-A

...Consummatum est.



*A witchcraft scene (S.F.),
Joseph Heintz the Younger.*

MUNDOLOGÍA DE LOS SUPERSTICIOSOS

Diálogo de las tres paleras :ǀ

Dicen que van con licencia *Nfumbe*¹⁴. En pleno centro de la ciudad, tres mujeres regordetas, afrodescendientes, profesan y practican una antigua religión. Religión de la Tercera Raíz, de los antiguos bantúes que han hecho un *bricolage* —por no decir la tan ya prostituida palabra “sincretismo”— con las culturas caribeñas.

Se trata de un sistema de creencias sagrado en donde confluyen el mar y río; el fuego y el monte; la tierra y los árboles; los *mpungos*¹⁵ y el mundo de los muertos. El Palo se expresa en la naturaleza, es fraternidad, lealtad, amor y caridad. Trasciende la axiología judeocristiana de bien y mal. Y en cada ritual reviven el idioma de sus ancestros, el kikongo.

Cada mañana se reúnen delante de ese microcosmos dual que concentra las fuerzas naturales y los fundamentos, la *nganga*-prenda. Y como si se tratara de las Hermanas Fatídicas de Macbeth, se disponen a chismorrear:

14 Se dice del espíritu, muerto y guardián que vive en la *nganga*-prenda de la persona.

15 Se trata de la energía que habita en cada ecosistema.

- Nsala malekum!* Ayer vino el frentón fastidioso.
- ¿Quería otro amarre para su novia?
- ¿O un afrodisiaco para durar más? ¡Ji, ji, ji!
- Ninguna de las dos. El amarre caduca hasta dentro de dos meses; y ya vino por su dosis la semana antepasada.
- ¿Entonces?
- Sí, ¿qué quería?
- Pues que anda un brujiito por ahí *quesque* haciéndole ojo a él y echándole el ojo a su novia.
- Cuánto a que es un *santamuerto* o santero.
- Yo digo que es uno d'esos *wiccanos*.
- Un poco de los tres. Resulta que es muy devoto de la Santísima, le ofrenda a Oyá y trabaja con una tal Hécate.
- Híjole... Ahora sí está complicado esto.
- ¡Meh! No deja de ser un *wiccano* d'esos eclécticos. Los *wiccanos* creen que pueden tomar a las divinidades de otros pueblos, hacer apropiación cultural y luego utilizarlos como si fueran *pokémones* o monstruos de *Yu-Gi-Oh!*. No hay coherencia, hermana. No conocen el sentido de “tradición”. Si se trata de hacer un chile con queso de religiones y brujerías, entonces no hay mucha diferencia entre la Wicca y la New Age.
- Estoy muy de acuerdo. Pero este es diferente, también le hace a las tradiciones rúnicas y tiene

conexión con los *nkisi*¹⁶ y *nkula*¹⁷. Me lo dijeron mis *bakulus*¹⁸.

—Consultaré con mis *chamalongs*¹⁹...

—Y yo tiraré los *iyamputos*²⁰, a ver qué nos sale.

—No hay que confiarnos, les digo. Esta vez hay que terminar el trabajo de un sólo golpe.

—¿Entonces qué proponen?

—Hay que trabajarlo bien y bonito. Si anda ahí de libertino habrá que atacar su virilidad, impotente será. Sólo necesitamos:

- ⊗ Palo muerto
- ⊗ Palo pino
- ⊗ Una vela negra de falo
- ⊗ Un lazo
- ⊗ Aceite de bálsamo intranquilo
- ⊗ Esencia de uña de gato

16 Espíritu que sirve al brujo.

17 Muertos.

18 Son los ancestros de la persona. Viven de muchas formas en la sangre, en la espiritualidad y en lo que las paleras son.

19 Son oráculos hechos de conchas marinas que están consagrados con cuatro posiciones. Asimismo, forman parte de la *nganga*-prenda.

20 Es un oráculo hecho de trozos de coco. Algunos los conocen como *nkandis* o *nsandis*.

» De preparar la vela y enterrar el bulto en nso *füiri*²¹ me encargo yo.

—Yo me ocuparé de desmotivarlo y de que pierda su trabajo. Así que voy a agarrar un poquito de:

- ⊗ Palo diablo
- ⊗ Palo muerto
- ⊗ Sal negra
- ⊗ Prenda negra
- ⊗ Vela negra
- ⊗ Hilo negro y
- ⊗ Polvo de toro

» Nomás hay que hacer una buena mezclanza de sales y polvos, atar bien los palos juntitos dentro de la prenda negra, escribir su nombre siete veces, prenderle fuego a la prenda negra y echar en un frasquito las cenizas. Luego, habrá que cantarle a Lucero Kabanquiriyó²², velar las cenizas y enterrarlas, como es nuestra costumbre.

—Y para cerrar con broche de oro, y con su vida, La Bomba:

- ⊗ Una botella grande y oscura
- ⊗ Vinagre blanco

21 El cementerio.

22 “El que vive en las tinieblas”.

- ⊗ Orina
- ⊗ Palo vence batalla
- ⊗ Palo muerto
- ⊗ Polvo de muertos
- ⊗ Polvo de escorpión
- ⊗ Pólvora
- ⊗ Un limón
- ⊗ 72 alfileres y
- ⊗ Una vela negra

» Habrá que escribir el nombre de la persona tres veces en un papel marrón, cortar el limón a la mitad sin separarlo, doblar el papel y colocarlo entre el limón. Después agarraremos los 72 alfileres y los insertaremos alrededor del limón, cuidando que no se separen. Tomaremos el limón con los 72 alfileres y el papel, y lo colocaremos dentro de la botella oscura. Vertiendo asimismo la orina, el vinagre, el Palo vence batalla, el Palo muerto, los polvos de escorpión y muerto. Luego, agitaremos siete veces, con la tapa puesta, y ya estando en *nso füiri* es necesario buscar *kabalonga*²³ de algún criminal y cavar un hoyo profundo a la altura del corazón. Y aquí es donde tendremos que manejarlos con sutileza, porque hay que añadir la pólvora a la mixtura y enterrar la botella sobre *kabalonga*,

23 La tumba.

encender la vela negra y dejarla en el centro del montículo de tierra sin que nadie se dé cuenta.

—¡Para rematar, hay que ir a su casa y firmar con nuestras *patipembas*²⁴!

—¡Y dejar unas cuantas *atororó naguí*²⁵ por donde pise!

—Y cortar sus caminos con el *mbele*²⁶...

—¡Zarabanda!

—¡Zarabanda!

—¡Zarabanda!

—¡Lucero Siete Puerta²⁷!

—¡Lucero Patasueño²⁸!

—¡Lucero Talatarde²⁹!

—¡Qué la oscuridad reine en su vida! ¡Qué sus caminos se cierren! ¡Qué su virilidad se esfume! ¡Qué el trabajo le falte! ¡Qué la desmotivación le sobre! ¡Qué la enfermedad lo alcance! ¡Y qué la vida no le alcance! —decían al unísono las tres paleras mientras la noche caía a sus vidas.

24 Son símbolos mágicos personalizados que se utilizan como medio para canalizar cualquier deseo, acción o intención con el cosmos.

25 Firma mágica que se traza en el suelo.

26 Es un machete o cuchillo ritual.

27 “El que vive en la oscuridad”.

28 “El que vive en las encrucijadas”.

29 “El que vive en las enfermedades”.

Soliloquio del embrujado :ē

¡Aymé! Siento que me están chingando otra vez... Ya vomité vela negra en la mañana, tengo una plaga espantosa de ciempiés, cucarachas y moscas. Sin mencionar el husmo pútrido que los tabiques de la casa desprenden, además de las sombras amorfas que corren y recorren los libreros para camuflarse —como si no las hubiera pillado ya.



Mas para saberse embrujado hay que tener en cuenta lo siguiente. Recapitulemos:

Imagínate que estás bien entrado echando pasión y ¡plaf! Se te duerme el *amigo*. ¿Cuál es tu respuesta? ¡Brujería!

Estás en la oficina y de repente ya no te renuevan el contrato. ¿Qué es lo primero que piensas? ¡Brujería!

Empiezas a adelgazar, se te cae uno que otro diente, hasta que el rostro se te hace de facies hipocrática. Vas con el doctor y te dice que no tienes nada. ¿Podría ser...? ¡Brujería!

Llegas a tu casa *nefasto* y te encuentras unos rayones en el piso con un revoltijo de viscosidades y pestilencias. ¡Brujería, brujería, brujería *everywhere!*



¡Pero espérate! Que para todo hay cura, menos para la muerte —y si ya estás muerto en vida, mejor ni lo intentes y vete a comprar un servicio funerario—:

¿Te quieren chingar? ¡Pues agua de Marte en tu casa has de rociar!

¿Que no se quiere levantar el amigo? Nada que la canela, la damiana y el jengibre no arreglen.

¿Desempleado? Una vela dorada, la carta del Rey de Copas, laurel, manzanilla y jazmín son tus mejores aliados.

¿Que ya no la cuentas para mañana? Un velón de siete mechas reversible negro con aceite de ruda y azufre. Y si no, un reventamiento con un muñeco de pólvora y alcanfor.

O mejor aún... ¿Por qué no te haces responsable de tus actos y asumes las consecuencias? ¿Y si además le tomamos la palabra a Claude Lévi-Strauss acerca de la eficacia simbólica? Pues el mejor efecto placebo se manifiesta en:

No darle poder a lo que no tiene poder.



Y fue así como,
de un día para otro,
dejé de estar
embruado al FIN.



Las tres paleras,
IA de BING.

DEFENESTRACIÓN

1

Todas las mañanas eran ingobernables dado a su licenciosa presencia que me despertaba. Ella que servía como puente entre el mundo del afuera y las entrañas de mi hogar. Ella que fue referencia en la mariología tomística para hacer apología del poder generador del Espíritu Santo en la Inmaculada Concepción. Ella que había sido testigo de mi desnudez, de mi dolor, de mi ira, de mi pudor.

Uno de sus destinos era fungir como nexo contemplativo para que, Helios de día, y Selene de noche, otearan con sus semblantes hacia los adentros de mi mundo. Otrosí ocupabase de ser el confín entre los insectos, ventisqueros y polvaredas nefandas que la fustigaban. Mas su vida se vería involucrada en una secuencia de claroscuros chocantes, como si la insatisfacción la gobernara cada cuando quería demostrarse estable frente a las situaciones que la vida le presentaba.

En su mocedad había sido consorte de la cortina, pero una serie de infidelidades con el balcón y sus constantes coqueterías con las masetas les llevaron a una inminente separación. Ya estando antañona sentó cabeza —o mejor dicho *dintel*— con la

persiana. Y digo que sentó *dintel* porque se dedicaron a su privacidad, a estar de consuno sin la necesidad de desposarse o de procrear una quimera *persiventanita* o *ventapersianita*. Nada hubo de eso, sólo ellos en la intimidad de los roces eróticos que de vez en cuando la brisa los hacía empalmar.

No obstante, cuando la persiana se rasgó y su vida útil concluyó, decidió entablar comunicación conmigo. Su aflicción no cabía en las palabras ni tampoco mi conmoción: ¡Era la ventana hablándome!

2

—¡Pst, amo! —bisbiseaba la ventana mientras el atardecer perlado que se aproxima a su agonía la penetraba.

—¡Ah, cabrón! ¿Dios, eres tú?

—No, pero a través de mí puedes ver a “Dios” y todas esas ondas supersticiosas.

—¿¿Ventana??

—La misma.

—¿Qué te impulsa a abandonar tu esencia silente?

—¿Sabes algo? La vida de una ventana no es nada sencilla, así como tu vida humana resulta ser abigarrada, la de toda ventana también. Sentipensa-

mos todo lo que ocurre a nuestro alrededor, somos testigos de infidelidades, de alegrías, de tragedias.

—Entonces, ¿a qué se debe todo esto?

—Permíteme explicarte —señaló con modulación taimada—:

» Justamente como ustedes tienen una conjunción de experiencias en la totalidad de lo real que, pensadores como Arendt, Heidegger, Sartre o Malraux, han llamado con encomio ‘experiencia humana’, cada ventana transita por la ‘experiencia *fenéstrica*’. La *fenestrogénesis*, parecida a su proceso de hominización, va de la mano con la evolución de la vivienda. Primero, en el siglo XIII AP, fuimos una oquedad en la parte superior para dejar entrar la luz y ventilar. Luego, ustedes como especie adhirieron a nuestra estructura persianas de piel de animal, madera y telas. Pero fue hasta el ca. 100 E.:V.: que, en la provincia romana de Egipto, más concretamente en Alejandría, nos fusionaron con el vidrio soplado. Sin embargo, debido a su alto costo, prefirieron ponernos paneles de cuerno de animal y ya entrado el siglo XVII en Inglaterra se hizo extensivo el vidrio en todas las casas, tanto así que hasta la fecha no se puede concebir una ventana sin vidrio.

» Actualmente, y desde el siglo XIX, nacemos bajo el yugo de un proceso industrial que demanda la centuplicación de cada una de nosotras. Y aunque somos la misma, somos diferentes en forma, color, tamaño; pero jamás en uso: *Omnia ab Uno et in Unum Omnia*.

—¿Cómo sabes todo esto? —interrumpí desconcertado ante tal cátedra de Historia Universal de la Ventana—. Eres sólo una ventana, ¿a qué hora te da por leer o cómo es que te instruyes para conocer lo que me acabas de contar?

—Las ventanas nacemos con una memoria colectiva, somos innatistas —hizo una breve pausa para luego proseguir con tono magistral—. Tal como la reminiscencia platónica, el *νοῦς ποιητικός* (*intellectus agens*) de Aristóteles o los registros akáshicos teosófico-antroposóficos, compendiamos en nuestra esencia la información universal.

—Entonces... —por un santiamén me quedé mudo y perplejo ante la complejidad ontológica que las ventanas poseen—. ¿Creen en algo o tienen algún tipo de religión?

—¡Me encanta tu curiosidad! Y qué bueno que traes a colación esto... Sí, en un sentido teleológico y escatológico. Todas las ventanas gozamos de un libre arbitrio para escoger nuestro sistema

de creencias, podemos tener un mesías, un gurú, un saoshyant, un mahdi o inclusive podemos considerarnos autosuficientes. Pero, a fin de cuentas, en nuestras postrimerías, tenemos dos opciones: 1) llegar al final de nuestras vidas útiles para formar parte de un contexto sistémico y ser reutilizadas desde el reciclaje o el ciclaje lateral, y así pasar por un proceso que llamamos ‘metempsicosis’ en donde nuestra ánima transmigra con todas las características psicofísicas, la memoria e imaginación que teníamos; y 2) la mera trascendencia para detener la existencia cíclica del *samsāra*.

—¿Y cuál vía estás buscando?

—Adivina.

—No sé —me detuve para cavilar y asimilar toda la información obtenida—, si fuera la primera opción creo que sólo seguirías existiendo inerte, sin dar señales de vida; en cambio, estimo que buscas algún tipo de asistencia que yo podría brindarte...

—¡Diste en el clavo, mi amigo!

—¿Y de qué manera podría yo ayudar a una ventana? —dije con creces descubriendo una sospecha que me inundaba.

—La realidad ontológica en la que vives es una posibilidad en mil. Existe una multiplicidad de mundos en los que podrías navegar, un multiverso si quieres llamarle de alguna forma.

—¿Y qué con eso?

—¿Qué con eso? No me estás entendiendo, podrías conocer toda suerte de mundos y entes.

—Bueno, ¿y cómo le hago para conocer todo eso? O mejor aún..., ¿qué tiene que ver eso contigo?

—Verás... —dijo con un tono sagaz segura de sí misma—. Yo y cada una de mis hermanas ventanas somos una especie de portal. Al traspasarnos accedes a una posibilidad casi infinita de realidades. No somos como nuestros primos espejos, que ellos, al atravesarlos, únicamente ofrecen un universo *doppelgänger*. ¡No, señor! Nosotras prometemos una infinitud de posibilidades.

» No obstante, para que eso ocurra es menester que cruces tu cuerpo con el mío. Al atravesarme podrás experimentar todo eso y yo... ¡Yo por fin quedaré libre de todo sufrimiento, de la existencia misma!

—En pocas palabras —comenté anonadado por la petición de la ventana—, me estás usando como una carnada o tantito peor, como si fuera una ofrenda para un ritual que implica sacrificio.

—Velo como una hierogamia alquímica, en donde la integración del ánima-ánimus dan paso a un ser perfecto incorpóreo.

—¿Que me suicide, dices?

—Llámalo como quieras... Suicidio, sacrificio, oblación, ofrenda. Pero entre nosotras preferimos llamarlo DEFENESTRACIÓN.

—¿O sea que, para que una ventana trascienda es necesaria la defenestración y con ello un sacrificio humano que lleva a este a un portal multiversal?

—¡Ni más ni menos!

—¿Al mero estilo de la reina Jezabel y el rey Jehú?

—¡A la de los praguenses del siglo xv!

—¿Tal como saltó el papá de Schopenhauer?

—¡Tal y como lo hizo Gilles Deleuze!

—¿Así como lo hicieron con Miguel de Vasconcelos e Brito?

—¡Así como la aplicaron los franquistas!

—Bueno, ¿y por qué tendría que hacerte caso a ti y no a la pistola, a la sogá o al puente?

—Sencillo, si terminas haciéndole caso a la pistola, a la sogá o al puente, ellos seguirán vivitos y coleando. En cambio, yo... ¡Yo me voy contigo, nos vamos juntos!

—¡Va! Me has convencido, ¿entonces estás segura de que directamente transitaré por diferentes mundos y que no condenaré mi alma por una eternidad?

—¿Qué ganaría yo con mentirte? No hay ninguna triquiñuela en esto. Pero si tienes dudas le hago la petición a otra persona...

—¡No, no! Ya tenemos un trato tú y yo.

—¡Dale, venga!

Me aproximé al lado contrario de la habitación para agarrar vuelo, corrí lo más rápido que mis piernas me permitieron y entré en contacto con la ventana. Por un instante hubo un marasmo que me permitió sentir dolor por última vez, así como un helor que poco a poco rasgaba mi carne, músculos y tendones, para inmediatamente sentir mi cuerpo en un baño caliente con olor a herrumbre. Cuando caí al concreto mis tímpanos reventaron y mis órbitas quedaron huecas por el impacto. Finalmente, me vi a mí mismo, pero sin cuerpo, enfrentando un juicio por el suicidio que había cometido. ¡La maldita ventana me había engañado!

3

El día de ayer se reportó un presunto suicidio desde la ventana de un segundo piso en la colonia La Popular. Familiares, vecinos y amigos del hoy occiso acudieron a la escena para corroborar el hecho. El difunto de 35 años no presentaba cuadros clínicos de depresión, incluso familiares aseguran que llevaba una vida plena. Los restos serán llevados al Departamento de Servicios Periciales y Forenses, para luego ser velado.

Con este incidente suman 35 defenestraciones en lo que va del mes, reporteros de El Errado de Shiwawa y El Vecindario del Norte colaborarán para darle seguimiento a estos casos.

Para mayor información continúe sintonizando XH69 La Opción del Rancho, ¡su mejor opción!



Young Man at His Window (1876),
Gustave Caillebotte.

LAS BRUJAS DE NAICA

I

Al levante del estado de Chihuahua, en el municipio de Saucillo, existe un poblado llamado Naica. Desde 1794 causó sensación con sus imponentes vetas, pues este es un poblado o, mejor dicho, sección municipal cuya economía gira en torno a la extracción minera de plomo y plata. Más aún sus titánicos cristales de selenita fueron un foco turístico importante para la zona semidesértica que durante décadas pasmaron a excursionistas.

Sin embargo, la minería y los gises gigantes no son la causa de que Naica sea tan nombrada entre los curiosos y aventureros... Se dice que apenas cruzar el letrero de BIENVENIDOS A NAICA se entra a la capital mundial de las brujas. ¡Sí, brujas! Esas viejas pellejas porcallonas que raptan niños para echarlos a sus calderos mientras hacen rituales, musarañas y fantasmagorías para que cosas extrañas sucedan.

Bueno, eso se dice entre los foráneos ya que los lugareños aseguran nunca haber vivido nada extraño en Naica. El fenómeno brujeril que ocurre allí forma parte de un extraño imaginario colectivo exógeno que ha llevado a más de un hampón ir

a constatar dicho portento, tal como les ocurrió a los parapsicólogos que crípticamente desaparecieron hundiéndose en un infinito de sombra incognoscible.

El aire estaba cargado de misterio cuando llegaron a Naica. Las paredes de las casas de adobe parecían susurrar algún secreto escondido que el mismo bajareque constataba con su inaplazable podredumbre. Los árboles, por su parte, se inclinaban como testigos silentes. En lontananza, unas esferas de fósforo y metano luminiscentes vigilaban a los osados investigadores: eran los fuegos fatuos.

II

Así pasaron hebdómadas sin encontrar respuesta alguna sobre las brujas. Es más, cuando los parapsicólogos preguntaban por ellas, los lugareños contestaban con circunloquios o insinuaciones laberínticas. Sin embargo, se sentían siempre acechados por miradas etéreas que vacilaban en el entorno. Hasta que un día, en su rutina normal, ocurrió algo: Pedro, el más escéptico del grupo, sostenía su grabadora y tomaba notas meticulosamente. René, con su cámara infrarroja, buscaba señales de actividad paranormal. Y David, el más

intuitivo, cerraba los ojos y se dejaba guiar por las energías que flotaban en el aire. Era de noche, mientras exploraban la entrada de una antigua mina, advirtieron que los fuegos fatuos comenzaron a converger. Sus luces titilantes se entrelazaron, formando figuras abstractas. David exclamó azarado:

—¡Miren! ¡Están tomando forma!

—No digas mamadas, David —comentó Pedro incrédulamente—, sólo están buscando una salida por la inflamación del fosfano y difosfano.

—Chicos, creo que tienen que ver esto —interrumpió René sosteniendo la cámara infrarroja—, estoy regresando las grabaciones y en varias escenas se pueden observar cómo los fuegos fatuos toman figuras antropomorfas.

En ese momento, la cámara de René se apagó y la grabadora de Pedro comenzó a emitir sonidos distorsionantes. Poco a poco, los fuegos fatuos se transformaron en una horda de mujeres. Sus cabellos ondeaban como llamas, y sus ojos brillaban con sabiduría ancestral. Finalmente, las Brujas de Naica se hacían presentes. Cada una representaba una historia de dolor y silenciamiento, así como diversas facetas del Arte Brujo.

Aunque no existían jerarquías entre ellas y to-

das eran importantes, fue Jimena, la mayor, quien habló con voz profunda:

—La brujería es la conexión con la naturaleza, la magia fluye a través de nuestros cuerpos como la sangre menstrual en nuestros endometrios. No somos malévolas; somos guardianas de los secretos antiguos y de la rebelión contra las cadenas impuestas por la sociedad. Nosotras, las mujeres, hemos sido tildadas de brujas para silenciarnos. Pero nuestra magia es nuestra fuerza que nos dota de sanación y compasión, ya que curamos con hierbas y palabras. Y sí, también somos feministas. Luchamos por la igualdad y libertad.

Los parapsicólogos escuchaban atónitos. Y al unísono las demás brujas dijeron:

—El feminismo es una reminiscencia de la brujería. Ambos desafían las normas establecidas. Ambos buscan empoderar a las mujeres y liberarlas de las ataduras. Ambos son rebeldía...

—¿Por qué los fuegos fatuos? ¿Por qué no aparecieron como brujas desde el principio? —frenó Pedro el discurso con tono insolente—. Mucha peyorata de su parte. Hagan o digan algo emocionante con sus “poderes”.

—Los fuegos fatuos —le arrebató la palabra Jimena— son la manifestación de la energía femenina reprimida. Durante siglos, las brujas fuimos

perseguidas y quemadas. Ahora, nuestra magia se libera poco a poco y ustedes, descendientes de Heinrich Kramer y Jacob Sprenger, serán juzgados por el poder de la Diosa Themis.

Los investigadores se miraron entre sí. Habían encontrado algo más profundo que fenómenos inexplicables: una sentencia ineludible que sellaría siglos de injusticia. Sin precipitarse, las brujas se *acuerparon*, una con la otra, transfigurándose en esferas de fósforo y metano, y en ralentí fueron abrasando a los tres parapsicólogos mientras estos sollozaban, hasta convertirlos en una delgada capa de ceniza que bien pudo confundirse con el horizonte edáfico en donde se encontraban. La voz de Jimena se hizo notar una vez más dejando una brisa cálida en el aire:

—La magia vive en todas nosotras.

EL PEOR-MEJOR DÍA DE MI VIDA

—¡Recoge eso, para eso te pago! —dijo un pinche *whitexican* después de tirar adrede una soda al piso.

—Tú no me pagas —respondí mientras recogía el bote de soda y me disponía a trapear.

—¿Quieres ver que sí, *gatete*? —me aventó tres billetes azules.

—Métete por el coño el dinero de tus papás —trapeé los billetes y de paso sus lustrosos mocasines.

—Mira, naco, estos zapatos valen más de lo que jamás vas a ganar en tu vida.

—¿Sí? ¿Vas a hacer algo al respecto? —dejé de trapear y me le *cuadré*.

El *whitexican* se retiró y efectivamente hizo algo al respecto: me reportó con mi superior..., no sabía quién era más insoportable si el *whitexican* o mi superior. A saber, mi superior era un *alucín* con ínfulas de ser sicario o policía estatal, hasta llevaba un chaleco negro, gafas negras, botas tipo militar y una gorra, también negra. Montaba una cuatrimoto y se paseaba por todo el D1 rumiando chicle como estúpido, mientras nosotros, los demás

guardias de seguridad, soportábamos parados en nuestro punto el sol cancerígeno chihuahuita. Aunado a eso, nos delegaban responsabilidades tan fútiles como la limpieza de nuestra área asignada.

—¿Otra vez con lo mismo, pa'? —mencionó mi superior desde la cuatrimoto, en tanto se quitaba las gafas y me lanzaba una mirada retadora.

—¿Con lo mismo de qué?

—Me reportaron que andas de altanero con los clientes.

—Mamadas... —volví a agarrar el trapeador para no hacer tan grande un problema que ni siquiera existía.

—Mira —me arrebató el trapeador de las manos y me señaló con el índice en la jeta—, a mí me vale madres si tienes carrera o si fuiste profesor o si has *excarvado* dinosaurios. Aquí yo soy tu superior, se hace lo que yo diga y se respeta a los clientes.

—¿Clientes? Ni siquiera les estamos vendiendo algo. Ellos no nos pagan, quítate de la mente eso, nosotros somos contratados como empresa externa por los propietarios.

—¡Como sea! Ya ponte a chambear, huevón —se montó nuevamente en su cuatrimoto.

—Oye, ¿ahorita que vuelvas del rondín puedes traerme una gorra y una botella de agua? En el

contrato decía que el uniforme estaba compuesto por una gorra, llevo aquí desde las ocho de la mañana, ya es mediodía y va a empezar a pegar el sol directo.

—¡Ah! ¿Para exigir sí eres bueno?

—Te lo estoy pidiendo por favor, además forma parte de mi derecho contractual.

—Sí, ya, cómo chingas. Ahorita te los traigo.

Pasaron cinco horas con el sol fustigándome la cara y enardecíendome el temperamento hasta que vi acercarse al imbécil montado en su cuatrimoto. Al puro estilo de las personas con primaria trunca, se puso a derrapar para, según él, hacer una entrada triunfal. Luego de hacer su estúpida alharaca, con un tono dócil me dijo:

—¿Cómo andas, pa'? ¿Qué tal las cosas?

—Ya ni chingas, estoy deshidratado y con náuseas por el sol. Estoy hasta la madre, ni si quiera fuiste para traerme la cachucha y la botella de agua. ¡Ya me quiero ir!

—Nombre, pa', es que ha sido un día bien pesado. Oye, de hecho, te quería pedir un parote.

—A ver...

—Es que sabes que tenemos que cubrir un turno allá por Riberas porque el guardia nos quedó mal,

entonces quería ver si tenías chance de ponerte la camiseta, pa'.

—¿¿O sea, que quieres que doble turno?? ¿¿24 horas??

—Sí, pa', pero te vamos a pagar doble. Y además te picharemos la cena...

Por un momento, pensé en mentarle la madre; sin embargo, necesitaba el dinero. Me preparé mentalmente en lo que terminaba mi jornada y al finalizar mi superior me dio instrucciones arriba de una van. La guardia consistía en custodiar un enorme *yonke*-desponchado que atendía las 24 horas tanto siniestros desastrosos como simples ponchaduras.

Todo eso me daba asco, de tan sólo imaginar el aceite automotriz, los fierros oxidados, la tierra y la maleza me entraba una desesperación de querer bañarme y limpiarme excesivamente.

Allende a eso, me compraron la cena más proletaria que se encontraron durante el camino, una hamburguesa doble al carbón —o, mejor dicho, carbonizada— y una coca de 600. Mientras más nos adentrábamos al norte de la ciudad los edificios escaseaban e iban multiplicándose una serie de asentamientos arquitectónicamente dispares, parecían favelas.

Llegamos al *yonke*-desponchado y tal cual lo imaginé, era un lugar polvoso con un centenar de automóviles, unos chocados y otros sólo ponchados. Nos abrió una versión *doppelgänger* de Don Ramón, y digo *doppelgänger* porque carecía de talento y sentido del humor. El Don Ramón ese, a primera instancia, se comportó de una manera campechana ante la mirada de nuestros superiores, asegurándoles que me capacitaría para que me desempeñara bien en el turno, y sin más ambages estos se retiraron.

—Mire, pendejo —se le quitó el buen semblante y me chamaqueó—, este jale es una chinga. Y se le nota en las manos que no sabe chingarle.

—Pues es que efectivamente no me dedico a esto, lo hago por necesidad.

—Me vale madre, aquí va a aprender y nomás le voy a explicar una vez, que no tengo su tiempo. Así que póngase trucha, pendejo.

El Don Ramón chafa me enseñó a hacer el inventario de cada automóvil de manera manual. Además de eso, había que revisar los interiores, anexando en una lista aparte los objetos y pertenencias del dueño, así como las partes afectadas ya fuera motor, transmisión u otra sección afectada.

Rápidamente, agarré destreza, y hasta las tareas me resultaban, de cierta manera, divertidas. Hasta que, revisando el interior de un carro, sentí que mi ropa se mojaba poco a poco y un olor a óxido se adhirió a mí. Pronto me percaté de que estaba cubierto de sangre, mi desesperación era incontrolable, salí del carro para sacudirme, pero los coágulos se pegosteaban en mis manos. Quise vomitar, entré a la pequeña oficina en donde se encontraba el Don Ramón y me dijo:

—No sea mujercita, vaya a limpiarse, son gajes del oficio.

Esperé siete horas a que terminara el turno, sentado y nauseabundo. Con una malilla incontrolable, salí de la jornada sin antes insultar a Don Ramón, asumiendo la esperanza de jamás volverlo a ver. Mi regocijo era tan grande, porque al fin podría ir a comprar mi vicio: una bolsa de fentanilo.

LA VENGANZA DE CINTHIA

Traía las crenchas plateadas, un tanto maltratadas por las inclemencias del desierto de Sásabe. Se había convertido en una deportada por culpa de su esposo. Cinthia siempre fue una mujer sumisa, criada en un ambiente patriarcal donde se le enseñó a obedecer a los hombres y callar sus propias opiniones. Durante años, fue abusada por su padre, su hermano y su esposo, quienes creían tener el derecho de controlar su vida y su cuerpo.

Pero un día, Cinthia despertó. Se dio cuenta de que ya no podía soportar más los abusos y la opresión a la que había sido sometida durante tanto tiempo. Se prometió a sí misma que ya no permitiría que nadie más la tratara de esa manera.

Fue entonces cuando su hermano nuevamente abusó de ella, propinándole una golpiza a tal grado que le rompió el tabique, algo que Cinthia apreciaba mucho de ella misma. No obstante, esta vez no se quedó quieta y esperó. Llena de ira y sed de venganza, se acercó sigilosamente a su hermano mientras este se encontraba dormido. Con paso firme y determinado, levantó su pierna y con una fuerza sobrehumana pisó los testículos de su hermano con sus pesadas botas hasta dejar una pulpa

de carne amorfa e inservible, causándole un dolor inmenso y haciéndole gritar de agonía. El hermano, aturdido y confundido, intentó defenderse, pero el daño ya estaba hecho. Cinthia, con una mirada fría y despiadada, observaba la escena con satisfacción, sabiendo que la vida le había dado revancha.

A partir de ese momento, Cinthia se liberó de las cadenas del patriarcado. Se negó a ser víctima de nadie más y se negó a permitir que nadie más sufriera abusos en silencio. Se convirtió en un símbolo de valentía y resistencia para todas las mujeres que habían sido oprimidas y abusadas.

Nunca volvió a ser la misma. Ahora, era una mujer fuerte, decidida y empoderada, lista para luchar contra cualquier injusticia que se cruzara en su camino. Y su hermano y su padre aprendieron la lección de que las mujeres no deben ser subestimadas ni maltratadas, porque son capaces de tomar las riendas de su vida y defenderse a sí mismas. La castración física se había convertido en una metáfora poderosa de su liberación.



La venganza de Cinthia,
IA de BING.

Índice

ADVERTENCIAS	13
PULSA DENURA	15
UN LATINISTA CHIHUAHUENSE	20
CUARENTENA	25
CARL G. JUNG Y LA PROCESIÓN DE LAS ÁNIMAS	28
ARABIDADES E ITALOFONÍAS DE UNA FÉMINA	32
DANZAS INFERNALES	38
A TRAVÉS DE LA BOTELLA DE WHISKY	44
EL ANEXO	51
ASÍNTOTA TERESAICA	61
MUNDOLOGÍA DE LOS SUPERSTICIOSOS	82
DEFENESTRACIÓN	91
LAS BRUJAS DE NAICA	100
EL PEOR-MEJOR DÍA DE MI VIDA	105
LA VENGANZA DE CINTHIA	111



www.pech.icm.gob.mx

Este libro se terminó de imprimir en el año 2024.

Consta de un tiraje de 300 ejemplares.

LITHOMAPCOLOR, S.A. DE C.V.

Mariano Azuela No. 11510,
Complejo Industrial Chihuahua.
Chihuahua, Chih. México
Tel. (614) 481-0155

www.imapcolor.com

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2024

Este no es un libro que hable de esperanza; al contrario, todo lo pútrido de la sociedad cabe aquí. Desde entes y fantasmagorías, rituales y hechicerías, drogas, suicidios e infanticidios se dejan entrever. Primero como algo onírico y luego como comportamientos normalizados en la cotidianidad del ambiente narrativo. Cada personaje es una faceta de la frustración humana por una aspiración, que nunca llega, de ser mejor. En este sentido, el vocablo túrquico *hüzün* permite englobar este sentimiento colectivo de añoranza, tristeza y desesperanza que cada personaje siente dentro de los cuentos y relatos.

HÜZÜN... Cuentos, relatos y garabatos te llevará, en primera instancia, al diccionario y al traductor, ya que aparecen términos que, por no haber una exactitud en cuanto a sinonimia o palabras de otros idiomas que no tienen traducción, se emplean en el libro. No obstante, *HÜZÜN...* también te llevará identificarte y espejarte en las profundidades de tu ser cada vez que te encuentres en la noche oscura del alma.